MUJERES EN PÁGINA/12 27 DE OCTUBRE DE 2000 AÑO 3 NÚMERO 133

LAS/12

Kate Winslet, estrella de perfil bajo

Paisajismo: jardines surrealistas

Música: de boca en boca



neonazis

LOS EXTRANJEROS AFUERA Y LA MUJER EN LA COCINA

En los atentados y agresiones neonazis contra inmigrantes en Alemania no participan mujeres. El lugar que los skinheads les dan a sus chicas es el hogar y su papel es claro: darles hijos. Están contra el aborto y los métodos anticonceptivos y suelen ser violentos jefes de familias. Aspectos poco visitados del fenómeno.



HUEVOS DE SERPIENTE

POR LUCIANA PEKER DESDE BERLIN

El rebrote neonazi en Alemania es conocido por sus reiterados ataques a extranjeros y sus consignas nacionalistas. Sin embargo, poco se sabe sobre el lugar que ocupan las mujeres en este movimiento de la extrema derecha alemana. Las mujeres miran: no participan en los ataques más que como testigos cómplices de sus compañeros, que están contra el aborto y los métodos anticonceptivos y promueven el regreso a la familia tradicional: mamá ama de casa y papá proveedor, pero con cabeza rapada.

Es petiso. Pero los borceguíes lo hacen más grande. Es flacucho, pero los pantalones de calce profundo lo hacen parecer más musculoso y los cordones blancos que entrecruzan sus zapatos negros –suben por sus piernas– hablan por él, dan miedo. No dice nada, pero su cuerpo tapizado de signos, su cabeza despoblada de pelo, lo dice todo. Escupe –por el calor del verano, porque su silencio lo atraganta, porque sí, en el piso del ex campo de concentración de Buchenwald, en el estado alemán de Turingia– por donde pasaron 250 mil detenidos durante el régimen de Adolf Hitler y en el que murieron aproximadamente 56 mil personas.

Por el mismo suelo pasó también –entre otras y otros– la argentina Esther Soquet, nacida en 1918 en Mercedes y capturada en París. Por eso, la palabra Argentinier está sellada en el suelo junto a otras nacionalidades de víctimas, en una placa mantenida siempre a una temperatura de 37. El punto de calor corporal que tenemos –indefectiblemente– todos los seres humanos.

Por al lado de la placa camina el visitante rapado. "Es neonazi", lo identifica Pamela Wolff, jefa de la sección información de visitantes del ahora Museo Memorial Buchenwald. "Este chico lleva cordones blancos, eso quiere decir que forma parte de una nueva corriente de jóvenes que vienen a los campos de concentración, no niegan el Holocausto, dicen que existió y que tiene que haber más, ahora no sólo para los judíos sino para todos los extranjeros", explica ante Las/12 Pamela –con la mirada dura por observar lo revulsivo, pero curtida por el acostumbramiento–, a pocos metros de distancia de él.

Aunque su presencia indigne, no lo pueden detener porque no comete delitos. Portar cordones blancos no lo es. Y para no ser detenidos, los neonazis no hacen desmanes visibles. Pero dejan su sello en el único lugar sin control: ensucian y destruyen los baños. Ahí usan sus penes como dardos y orinan el piso y las paredes de Buchenwald. Con el sexo en la mano buscan oxidar la historia. El pis en los baños es un daño ínfimo comparado con los ataques contra seres humanos. Sin embargo, el vandalismo fálico no es un dato menor. El neonazismo violento en Alemania es cosa de machos.

LAS MUJERES SON MINORIA

"El 90 por ciento de los integrantes de los grupos neonazis más extremos son varones. Y la participación de las mujeres va desde ese 10 por ciento hasta un 30 por ciento en agrupaciones más moderadas", revela Oliver Geden, politólogo y periodista, autor de un libro sobre el movimiento ecologista de derecha (*Rechte okologie*) y responsable de una investigación todavía no editada sobre la relación de los neonazis y la masculinidad. Geden habla con esta cronista en un bar repleto, a dos cuadras de su casa. El vive en Kreuzberg, el barrio turco o intercultural –por decirlo en términos políticamente correctos– de Berlín. Ahí se huelen olores, se ve gente y se oyen sonidos distintos. Entonces, las palabras pueden también mezclarse en el aire.

En cambio, en ciertas zonas de Alemania es mejor no mostrarse, no leer y no hablar en otra lengua, otra piel y otros códigos de los que ciertos alemanes creen que son el único pasaporte de la identidad alemana. Los fuerte apaches del racismo imponen sus códigos. Invaden –en mayor o menor medida– la Alemania que habitan y la Alemania que habitan todos. Sin ir más lejos, Oliver pide no ser retratado. "Hay grupos de persecución y listas negras para los que ellos identifican como antifascistas. Es por precaución", se excusa y ausenta sus ojos almendrados, su pelo corto y negro, su remera verde oliva, de la foto que no puede ser.

Mientras que, por otro lado, los alemanes se están cansando de las fotos que son, aunque realmente no tendrían que ser: ataques de neonazis, reivindicaciones juveniles de los responsables del Holocausto, asesinos que justifican sus crímenes a extranjeros con cara de nada y defensas por exceso de alcohol. Hay un rebrote de la violencia xenófoba. Cada vez más joven y cada vez más violenta.

Por supuesto, también se debaten las razones del creciente neonazismo: la desocupación, la falta de identidad de la Alemania del Este (ex socialista) desde la reunificación con la parte occidental y las falencias en la integración multicultural con los extranjeros en toda la Alemania Federal. Estos componentes son ciertos. Pero hay algo más, que generalmente no se analiza: el componente sexual de este proceso. Geden sí habla de eso.

–¿Cómo surgió la iniciativa de investigar la relación entre neonazis y masculinidad?

–Vi que no había ningún conocimiento, ni ninguna literatura acerca de esta relación entre masculinidad y movimiento neonazis. A pesar que del 70 al 90 por ciento de sus integrantes son hombres y sólo del 10 al 30 por ciento son mujeres. El Partido Nacional Democrático de Alemania (NPD), el de más de extrema derecha, tiene un 10 por ciento de militancia femenina y el más cercano al centro de esta tendencia, los Republicanos (REP), tiene un 30 por ciento. Mientras que en el movimiento skinhead se encuentra todavía menos participación de mujeres, alrededor de un 5 por ciento.

–¿Por qué hay menos mujeres que varones?

–Hay investigadoras feministas que encontraron que las mujeres usualmente no se pliegan a estos grupos por la violencia incluso interna que predomina en algunas estructuras, como la de los skinheads.

–Y en las acciones violentas de ataques y asesinatos a extranjeros, ¿cuántas mujeres participan?

–Sólo el 2 por ciento de las agresiones es realizada por mujeres. El 98 por ciento de los ataques está hecho por hombres. Hubo discusiones dentro del movimiento de skinheads con relación a si podía ser posible que las mujeres se unan a este tipo de



Hubo discusiones dentro del movimiento de skinheads con relación a si podía ser posible que las mujeres se unan a este tipo de ataques. Pero la mayoría de los hombres dijo que no. "No queremos mujeres, no es su trabajo, ésa es tarea de hombres", fue su argumento para excluirlas de los ataques.

ataques. Pero la mayoría de los hombres dijo que no. "No queremos mujeres, no es su trabajo, ésa es tarea de hombres", fue su argumento para excluirlas de los ataques.

La periodista alemana Barbara Bollwahn, del periódico progresista berlinés *Tageszeitung Taz*, especialista en la problemática neonazi, confirma: "Salvo casos que no sean conocidos, hasta ahora se puede decir que son los varones los que hacen los ataques". Pero que las mujeres no peguen ni maten no es lo mismo que suponer que el género femenino esté a salvo del mote de racista.

"En general, las mujeres no participan en ataques a neonazis, pero esto no quiere decir que no estén involucradas. Ha habido casos de ataques a extranjeros en donde las mujeres participan de manera pasiva. Un ejemplo: a mediados de agosto, un grupo de siete jóvenes, entre ellos una chica de 17 años, atacó a una mujer de 20 años, cuyo padre era de Etiopía. Mientras los tipos le pegaban a la víctima con una botella y la mojaban con cerveza, la chica simplemente miraba."

A LAVAR LOS PLATOS

–¿Actualmente el movimiento neonazi encarna una ideología misógina?

–Sí, aunque ellos no se asumen misóginos, dicen que el lugar para la mujer es la cocina, con los hijos. Pero también muchas mujeres que integran estos movimientos están convencidas de que ese lugar en el mundo se relaciona con su rol de madre.

–¿Sus proclamas también implican un retroceso con relación a los derechos sexuales?

–Toda la extrema derecha en Alemania está en contra del aborto. Hay algunos que dicen que el aborto está bien cuando el niño va a nacer discapacitado.

–Una de las razones por las cuales Alemania necesita inmigrantes es la baja tasa de natalidad, que hace que requieran jóvenes para trabajar y solventar las jubilaciones



LA MADRE DEL PUEBLO

"La mujer es la madre del pueblo", define Alejandro Franze, jefe del Partido Nuevo Orden Social Patriótico (Pnosp), que aporta su mirada sobre el rol de la mujer en la sociedad. Aunque siempre han sido identificados como skinheads, Franze pide aclarar que ellos no lo son sino que hay algunos militantes del partido que fueron skinheads, como hay otros que provienen del Modin y del PJ.

"El movimiento skinhead fue una moda, lo que ha perdurado es el Partido", resalta. Y niega que sean neonazis. "No podemos ser una estructura legal y ser neonazis. En la Argentina está proscripto el nacionalsocialismo", contesta.

Nacionalistas es la palabra con la que les gusta que los califiquen. Además, especialmente desde que la municipalidad le cerró el puesto de venta de textos en el Parque Rivadavia, Franze se considera un perseguido político. La intención del Pnosp es presentarse a elecciones. Y estuvieron a punto de consumar su meta –a pesar de que, finalmente, no lo hicieron– en los pasados comicios de la ciudad de Buenos Aires para jefe de Gobierno.

Con el propósito de ser aceptados por la Justicia electoral, el Pnosp juntó firmas de ciudadanos que respaldaban su candidatura. Para sorpresa incluso de ellos, según alegan, el 75 por ciento de sus 6 mil adherentes en la Capital Federal son mujeres y sólo el 25 por ciento varones.

"Nuestras consignas son luchar contra la prostitución libre, contra el tráfico de drogas y contra los inmigrantes ilegales, y las mujeres, especialmente las grandes, no tanto las jovencitas, son las que más adhieren a esas ideas por ser madres. A nosotros nos llamó la atención que con la propaganda de la prensa y todo, igual tengamos tantas mujeres adherentes. Lo que pasa es que nos ven más firmes que otros partidos contra la prostitución y las drogas", argumenta Franze.

Sin embargo, la proporción entre sexos cambia cuando se pasa de adherentes a participantes activos. En este rubro, sólo el 20 por ciento de los 70 militantes del Pnosp más comprometidos son mujeres.

–¿Cómo se manejan con las militantes dentro del partido?

–La mujer está, pero de otra forma, no a la par. Cada uno cumple una función. Capaz que juntan firmas, pero es natural protegerlas y no mandarlas a pintar, como hacen los partidos de izquierda. Tiene que ver con el concepto de madre, novia o esposa. Por eso, creemos que tendría que haber una licencia por maternidad extendida hasta ocho años.

–¿Ustedes propugnan el regreso de la mujer puertas adentro del hogar?

–El marido proveedor y la mujer ama de casa no niegan el desarrollo de la mujer. No es que la mujer tiene que estar en la casa nada más. Para nosotros la familia tradicional es un buen modelo, aunque tampoco el islamismo. Pero no se puede ir en contra del impulso natural de las mujeres que quieren trabajar, como en los Estados comunistas que obligaban a la gente a ser ingenieros nucleares. Aunque hoy ponen a la mujer con un escote de carnada en un quiosco o con una minifalda en un bar. Eso es prostituirse por 400 pesos. Por eso, se va a terminar volviendo a la familia tradicional.

de las personas mayores. ¿Los neonazis promueven que los alemanes tengan mayor cantidad de hijos?

–Sí, es uno de sus temas principales. Dicen que la educación sexual está en contra de los valores familiares y proponen no usar anticonceptivos. Hay familias que tienen 6, 7, 9 chicos. Pero para un neonazi tener más de tres hijos es un problema económico. Aunque hay diferencias y matices dentro de los partidos de extrema derecha. Por ejemplo, hace unas semanas entrevisté a un joven político del partido republicano que es homosexual y no tiene hijos.

–¿Los neonazis no condenan la homosexualidad?

–Este ha sido un gran problema para los nazis desde 1933 hasta el '45. Existe un gran tabú acerca de la homosexualidad dentro de los neonazis. Hay conexiones entre los skinheads y los homosexuales, pero muy pequeños vínculos, porque es imposible puertas adentro para un integrante de una estructura de extrema derecha vivir su homosexualidad. Sin embargo, hay pornografía gay skinhead y no queda claro quiénes son los consumidores. También podés encontrar el fetichismo de los uniformes en el movimiento gay. Yo pienso que muchos dentro del movimiento skinhead se muestran como heterosexuales y quizás hasta tengan una novia, pero...

REBROTE NEONAZI

En los primeros seis meses de este año, los neonazis mataron a dos personas y realizaron 760 ataques, una cifra que supera el total de atentados de la extrema derecha en 1999, según datos del Partido del Socialismo Democrático alemán. Por eso, el canciller alemán Gerard Schroeder ya piensa en prohibir a ciertos grupos de extrema derecha, asociados por el gobierno a un fenómeno terrorista, y entre otras medidas se decidió aplicar la tolerancia cero con los cabeza rapadas e invertir 30 millones de dólares en una campaña antirracista. Schroeder no quiere que la mayor potencia económica europea se convierta en un sinónimo de neonazismo a diez años de la reunificación entre la ex Alemania socialista (del este) y la Alemania Federal.

Dicen que la educación sexual está en contra de los valores familiares y proponen no usar anticonceptivos. Hay familias que tienen 6, 7, 9 chicos. Pero para un neonazi tener más de tres hijos es un problema económico.

Aunque la reunificación no está al margen de este problema. Los analistas coinciden en que los baches de la integración (que es más parecida a una anexión del este que a una mixtura de pautas socioculturales) funcionan, en gran parte, como caldo de cultivo para la adhesión de algunos jóvenes al movimiento neonazi. Además del desempleo, que es, en promedio, del 9 por ciento en el total del país; pero por ejemplo, en el estado de Turingia (anteriormente socialista) trepa al 15 por ciento.

–¿El mayor desempleo en el sector que pertenecía a la ex Alemania socialista es la causa del rebrote neonazi en esas zonas?

–Al contrario de lo que muchos afirman, yo no diría que el resurgimiento de estos extremistas de derecha se deben a problemas económicos. Creo que es un problema de identidad de los alemanes del este, porque su cultura está muy cercanamente conectada con la sociedad del trabajo. En el socialismo, el motor de la sociedad es el hombre trabajador. Entonces, con el desempleo, el varón ve debilitada su identidad sexual porque la concepción con la que vivió es que el ser masculino es un ser trabajador.

–¿A los neonazis les cuesta adaptarse a los cambios con relación a los nuevos roles de los hombres en la sociedad?

–Es obvio que ha cambiado el rol del hombre y creo que la extrema derecha trata de ignorar eso. He estado entrevistando hombres del partido republicano y creo que están realmente confundidos: se dicen modernos, pero se quedan con el modelo de hombre de hace 25 años. Tienen un problema en conjugar los cambios.

–¿Existe relación entre los mandatos tradicionales que educaban a los varones para que sean agresivos, competitivos y superiores a sus pares, y la integración a los movimientos neonazis?

–La educación general en Alemania no es tan tradicional como lo es, por ejemplo, una educación católica. Pero sí existe esta relación entre las pautas culturales tradicionales y el movimiento skinhead, dado que existen muchas personas en Alemania del Este que dicen: "Entre los 15 y los 25 años una mujer tiene que casarse y tener hijos, ése es su mandato".

–Si los skinheads expresan esa violencia en la calle, ¿qué pasa puertas adentro con sus familias, sus madres, sus hermanas? ¿Pueden golpear también a sus mujeres?

–Son violentos contra sus novias, sus esposas y sus hijos. Incluso en los skinzines (fanzines), una de las formas de comunicación del movimiento skinhead, hay discusiones acerca del problema de las peleas dentro de la casa. Una cosa interesante es que en general en Alemania se dice que "nosotros somos la civilización más elevada y no tenemos problemas con los derechos de la mujer", y se debate sobre los turcos o la mujer en el Islam. Y, sin embargo, existe un alto grado de violencia en estos movimientos neonazis contra la mujer.

Hay veces que entre los susurros de la vida amorosa también se escribe la historia. "Mi tontita", llamaba Adolf Hitler a su amante Eva Breust que, a su vez, se dirigía a él con el apodo de "El jefe". En el libro *Las mujeres de los nazis* (Editorial Sudamericana), la historiadora austríaca Ana María Sigmund reconstruye el lugar que el Führer les adjudicaba a las mujeres en su sociedad ideal. "No echan de menos la oficina y tampoco el parlamento –anhelaba Hitler–. Un hogar íntimo, un marido cariñoso y un montón de niños felices es algo más próximo a sus corazones."

Ya pasaron más de cincuenta años de la caída del nazismo. El mundo cambió. Pero el progreso se muerde la cola. Y la humanidad todavía no deja atrás el racismo, la xenofobia y la idea de que hay seres y sexos superiores. Joseph Goebbels, ministro de propaganda nazi, escribió en su diario, en 1928: "La mujer tiene la obligación de ser hermosa y traer hijos al mundo. Esto no es tan crudo y antimoderno como parece".

FOTO DE TAPA: FOCUS

SIDA Y POLITICA

Reducción de daños

POR IRMA PARENTELLA*

Hace más de 15 años, cuando se hizo evidente la epidemia de sida y el peligro que representaba un virus que el organismo humano era incapaz de resistir, los médicos sanitaristas de todo el mundo dieron las siguientes recomendaciones para evitar la infección y el peligro de muerte que ésta implica:

* no tener relaciones sexuales sin protección adecuada con parejas cuyo estado de salud, en lo que respecta al VIH, se desconoce
* evitar conductas que hagan posible el contacto sangre-sangre, entre ellas, el uso compartido de jeringas para inyectarse drogas.

La promoción del uso del preservativo despertó fuertes resistencias en sectores sociales que consideraban que representaba una inducción a la actividad sexual, considerada como cuestionable desde un punto de vista ético-religioso. Como alternativa, se proponía la abstinencia sexual.

El tiempo fue pasando y los infectados aumentando. Miles de personas jóvenes comenzaron a morir cada año a causa del sida.

Actualmente no se discute la conveniencia de que todos sean absolutamente conscientes de la importancia de una buena protección.

La enorme gravedad de este problema hizo que fuera posible dejar de lado resquemores inconducentes y se siguiera (con toda clase de vacilaciones e inconstancias) el camino más directo para enfrentarlo. Extender y consolidar el uso masivo de los preservativos es hoy la condición esencial para frenar la expansión de la infección con el VIH en el futuro.

En nuestros días, en nuestro país, el 41 por ciento de los enfermos de sida son o han sido adictos a las drogas por vía parenteral, que probablemente se infectaron compartiendo jeringas, práctica muy frecuente en este grupo de personas (ver *Los vidrios oscuros de la droga*, investigación de H. Míguez y W.R. Grimson, publicada por la Universidad Nacional de Quilmes).

Muchos de ellos tienen, entonces, dos problemas: son drogadictos y portadores del VIH.

Abandonar una conducta drogadependiente es, en el mejor de los casos, difícil. Se deben dar una serie de condiciones en el adicto, su entorno social y las instituciones de salud. Mientras estas condiciones se van construyendo, es posible lograr que la forma de drogarse deje de ser una vía de difusión del virus entre los adictos y eventuales parejas no adictas.

A este objeto apuntan las estrategias de intervención llamadas "de reducción de daños", facilitando el acceso a material descartable y a conocimientos e insumos necesarios para una adecuada desinfección; y, también, lo que es muy importante para un grupo de personas que está al margen de los circuitos sanitarios, generando vínculos que posibilitan la modificación de muchas prácticas riesgosas para sí mismos o para los demás.

Hoy existe consenso en que se debe hacer todo lo posible para sostener al máximo la calidad de vida de los enfermos, independientemente del pronóstico que tengan.

¿Qué razones puede fundamentar la oposición a este tipo de estrategias con relación a los enfermos drogadependientes? ¿Acaso la idea de que "hacerles más fácil" su conducta drogadictiva es una especie de estímulo a la misma?

Es suficientemente conocido que la drogadicción endovenosa genera una compulsión de tal magnitud que, de cualquier forma que sea, el adicto se inyecta. Con el agravante de que, junto con la droga, se inyecta todo tipo de bacterias y de virus.

Negar las características esenciales de los problemas no es una buena estrategia para resolverlos. La realidad nos exige con frecuencia dejar de lado prejuicios e ideas erróneas para poder transformarla. Es por todas estas razones que a fines de junio de este año he presentado un proyecto de modificación de la ley de Estupefacientes, de manera de posibilitar legalmente las estrategias descriptas.

Los 17 mil enfermos de sida conocidos y los 120 mil infectados con el VIH, que se estima que hay en la Argentina, nos convocan a hacer el máximo esfuerzo para defender la salud pública con todos los recursos a nuestro alcance.

* *Diputada nacional (Alianza). Presidenta de la Comisión de Drogadicción.*

NEONEGADORES

Ya se habían escuchado hipótesis similares años atrás, pero que en este momento, cuando no dejan de lanzarse alarmas mundiales por el creciente número de contagios y los pésimos resultados de las distintas estrategias de campañas, se retome semejante línea argumentativa es, cuanto menos, preocupante. La punta de lanza de la neo-negación se llama Christine Maggiore, es norteamericana y tiene edad suficiente como para ser responsable de lo que dice: que el sida no existe, o, en todo caso, que no hay relación alguna entre ser seropositivo y el desarrollo de la enfermedad. Su hipótesis sostiene que los verdaderos responsables de los 18 millones de muertes desde el inicio de la epidemia son, pura y exclusivamente, los tratamientos médicos –que además de ser inútiles y peligrosos, condenan al ostracismo a las personas infectadas– y el temor que despierta la epidemia. La conclusión a la que llega este razonamiento, entonces, es obvia: no tiene sentido seguir las prescripciones médicas, controlar el nivel de virus en sangre y, mucho menos, usar preservativo. Como para demostrar que es una chica coherente, Maggiore hace lo predica: declarada seropositiva en 1992, no sigue ningún tratamiento, y se niega a que su hijo de 3 años (al que aún amamanta) sea diagnosticado. Por increíble que parezca, esta teoría ya ha conseguido unos cuantos defensores, entre ellos, la cantante Nina Hagen (y pensar que era tan simpática). Entre tanto, parece no existir un contramensaje claro, mientras que algunos analistas se limitan a relacionar este tipo de hipótesis con una tendencia a desconfiar de la ciencia.



LIBRERIA

Una de aventuras



Lene Gammelgaard nació en Dinamarca y es abogada y psicoanalista: trabaja actualmente en Copenhague, en rehabilitación de adictos. Sin embargo, este libro, que es best seller en su país de origen, no tiene que ver con ninguna de esas actividades, sino con el deporte que Lene practica desde hace años, el montañismo. El texto es un relato sobre la expedición a la cima del Everest que la autora realizó con un grupo de amigos y en cuyo transcurso se produjo un accidente en el que perdieron la vida varios de ellos. El libro no es sin embargo sólo la narración de esa aventura, sino también una reflexión sobre las motivaciones que llevan a hombres y mujeres a encarar desafíos que muchas veces los sobrepasan.

SEÑORAS Y SEÑORAS

La pobre Camille



Durante mucho tiempo, fue poco lo que se supo sobre la vida que la escultora Camille Claudel llevó una vez que fuera internada en un instituto psiquiátrico. Pues resulta que ahora, a lo que se sabía sobre sus relaciones tensas con su madre, sus peores vínculos con su hermano, y la conflictiva y simbiótica pareja que formaba con Rodin, se le debe sumar lo que informan unos documentos médicos recientemente exhumados. La historia clínica de la internación, en el asilo de Ville-Evrard, afirma que un tal Dr. Michaux, quien la internó a pedido de su madre, dejó asentado que "su estado, ya peligroso para ella debido a una pérdida de sentidos y a cierta desnutrición, es igualmente peligroso para sus prójimos". En líneas generales, las notas del médico (que han sido publicadas el mes pasado en Francia) comentan cómo Camille fue alejándose del mundo y de sus obras a medida que la paranoia crecía, una tendencia que la llevó a morir dentro del asilo en 1943, treinta años después de haber ingresado.

La inglesa de pulso firme

POR MOIRA SOTO

Kate Winslet comenzó a deslumbrar allá por sus dieciocho años, cuando el mundo la conoció gracias a esa gran película que fue *Criaturas celestiales*. Después siguió su camino, cuya cúspide, en términos de popularidad y dinero, fue *Titanic*. Si después de aquello no se escucha hablar tanto de Winslet, no es casualidad. Ella decide su ruta, de acuerdo con su estricto criterio.

Sólo su boca naturalmente pulposa, cuyas comisuras se deprimen una pizca aun cuando sonríe, sugiere ese lado sombrío, turbulento, que en el colegio la impulsaba a escribir composiciones surcadas de violencia, sangre, vísceras, muerte. Todo lo demás –su aspecto sanito, la energía que irradia, la armoniosa combinación de sensatez y sentimientos que la han preservado de ser pasteurizada por Hollywood– responde al retrato fresco y luminoso que, desde que deslumbró como criatura celestial allá por 1994, vienen haciendo los periodistas que la entrevistan.

En otras palabras, Kate Winslet es una chica que se siente bien en su piel y en su oficio, por el que manifestó una vocación inequívoca desde niña, y a la que los cantos de sirena del estrellato le entran por un oído y le salen por el otro. En ella, sin duda alguna, se cumple absolutamente ese lugar común que mienten a menudo muchas figuritas al alcanzar la fama y sus correspondientes halagos ("sigo siendo la misma de antes"): han pasado ya dos años largos desde que Winslet encarnó a la romántica aristócrata de *Titanic* con el suceso que todo el mundo sabe y que derivó en automáticas genuflexiones de la industria que habrían embaucado a cualquier otra chavala de 22 años. Pero no a esta pelirroja con algunas cosas claras, aparte de sus ojos verdes con trasfondo dorado. Kate Winslet no se la creyó porque siempre supo que no quería adherir al estereotipo de estrella, que lo suyo era actuar eligiendo sus proyectos sin pensar en otra conveniencia que la de sentirse libre para seguir sus corazonadas, a salvo de cualquier manipulación.

ILUMINACION MARROQUI

Así fue que mientras la megasuperproducción *Titanic* se llevaba por delante todos los records, Winslet optaba –por razones sentimentales, sin la menor garantía de nada– por una peli modesta de menos de 6 millones de dólares –por la que cobró chirolas en relación con lo que le ofrecía Hollywood–, sobre las peripecias de una madre hippie en el Marruecos de los años '70. ***Hideous Kinky*** es el título de este film, traducido libremente para el reciente estreno local como ***El viaje de Julia***. Curiosamente, esta realización de Gillies Mac Kinnon basada en la novela de Esther Freud, nieta de Sigmund, puede considerarse un tímido antecedente de ***Humo sagrado***, el film de Jane Campion que K.W. protagonizara en 1999 y que se conoció localmente en junio de este año. ***El viaje...*** intenta describir la búsqueda de alguna iluminación, de una guía espiritual que dé sentido a su vida. Julia, separada de su marido que no le manda dinero para mantener a sus dos hijitas, marcha a tientas detrás de los sufíes, en pos de una escuela de aniquilación del ego.

Cuando, contra todo lo que se esperaba de ella, Kate agarró este viaje de Julia, se dejó llevar –una vez más– por sus impulsos afectivos: guardaba gratos recuerdos de la novela que había leído a los 17, regalada por su novio de entonces, el escritor y guionista Stephen Tredre, con el que mantuvo una relación amorosa de cuatro años, luego de los cuales se separaron, muy amigos. En el '98, Stephen estaba muy enfermo y le sugirió a Kate que siguiera su instinto. Durante el rodaje de ***El viaje...***, él murió. Desconsolada, la actriz escapó de la première de ***Titanic*** que se realizaba en Los Angeles para ir al funeral. A los que trataban de convencerla diciéndole que Stephen Tredre hubiera querido que disfrutara ese gran día como una reina, la actriz respondió: "***Bullshit***, ser reina no es lo mío y no quiero ir a una fiesta sino a despedirme del hombre que amé".

De vuelta en el rodaje de ***El viaje...***, K.W. recibió lo que ella define como el último regalo de Stephen: un día, trabajando bajo el sol enceguecedor de Marruecos, miró del otro lado de las cámaras y se encontró con otros ojos. "Cuando lo vi, me dije: 'Oh, Dios mío, es El'. En ese instante, supe lo que iba a suceder. Sucedió, claro, y a los tres meses Jim Threapleton me pidió que nos casáramos." En esta oportunidad, Winslet tampoco hizo lo previsible, es decir, no se metió con un galán en el candelero, con un director exitoso, con un productor bien forrado. No; ella se matrimonió con un simple asistente de dirección y en estos días acaban de tener una preciosa bebita de apelativo Mia.

CRIATURA TERRENAL

A los 25 recién cumplidos, Kate Winslet es la cara más conocida de una familia de artistas vinculados con el teatro, que incluye abuelos, padre y dos hermanas proclives al arte dramático que la protagonista de ***Sensatez y sentimientos*** empezó a estudiar a los 11. Al año siguiente debutaba en la tele, pero no en una serie sino en un aviso de cereales (ya vendía salud). Durante su adolescencia siguió en el conservatorio mientras conseguía algunos trabajitos en la TV y en el teatro ingleses (en el West End hizo de Wendy en el musical *Peter Pan*, en 1991). A los 18 se presentó al casting de ***Criaturas celestiales*** convocado por el director neocelandés Peter Jackson. Kate había leído el guión y se moría por hacer Juliet Hulme, personaje real que vivió siendo adolescente una extraordinaria amistad simbiótica con



una compañera de colegio, Pauline Parker. Las dos chicas se crearon un mundo aparte obsesivo e imaginario y cuando desde afuera llegaron las interferencias, reaccionaron con la mayor de las violencias. Según se lo había pronosticado su padre, Kate obtuvo el papel y, además, se produjo una conjunción perfecta puesto a que el también difícil rol de Pauline fue adjudicado a Melanie Lynskey. *Criaturas...* resultó un éxito en todo sentido por su calidad y originalidad para acercarse al universo adolescente con acentos poéticos y llegar al centro del horror cotidiano más escalofriante. "Me encontré a los 18 en Nueva Zelanda sola, sin mi familia. Entregué mi alma en esta tragedia sin calcular cuál sería el costo, cuánto sufriría. Volví confusa y agotada, pero consciente de lo mucho que había aprendido en esta prueba", confesó tiempo después Kate. La intérprete fue muy elogiada y sólo quedaba por ver si la actriz que aún no había cumplido los veinte sería capaz de sostener en rendimiento semejante futuro.

Desde luego, la inglesita romántica y aventurada probó con creces que *Criaturas celestiales* no había sido un producto de las circunstancias (director, elenco, tema) y en la siguiente película, *Sensatez y sentimientos* (1995), dio nuevas muestras de este talento certero y versátil que llevó a Kenneth Branagh –que la dirigió en *Hamlet* (1996), en el papel de Ofelia– a exclamar: "No sé cuánto hay de talento y cuánto de intuición en lo que logra, pero es malditamente buena en todo lo que hace". Y conste que el infatuado Kenneth la llamó después de que Kate trabajase con Emma Thompson y se convirtiese en amiga y paño de lágrimas de la actriz y guionista de *Sensatez...*, que luego de ese film dejó al supuesto sucesor de Laurence Olivier por un actor más joven y más guapo.

Luego de la adaptación de la obra de Jane Austen y de una candidatura al Oscar, Kate Winslet subió su cotización y se multiplicaron las ofertas. ¿Qué hizo la atípica K.W.? Pues eligió embutirse de nuevo en un corsé para actuar en un interesante pero poco glamoroso film inglés, *Jude*, junto al excelente Christopher Eccleston, sobre una novela de Thomas Hardy. No fue ningún suceso, pero a Kate le encantó hacerla. Enseguida fue la Ofelia del ampuloso *Hamlet* de Branagh y ya en el '97 llegó la hora del *Titanic*. Aceptó el papel de Rose porque Emma Thompson había llorado al leer el guión. Y fue Rose, la chica bien venida a menos, a quien la madre quiere colocar con algún millonario sin contar con que la joven descubrirá otros mundos, sorteará las diferencias sociales y conocerá el verdadero amor.

NO HAY HUMO EN TUS OJOS

No hubo caso: Hollywood se quedó con las ganas. Cuando a los 19 fue a promocionar *Criaturas...* a los Estados Unidos, ya tenía sus prejuicios y, cuenta, "al ver a esos tipos gordos fumando puros, comprobé todos esos tópicos sobre la parte más asquerosa del negocio, fue todo muy freak. Aunque también hay personas valiosas y genuinas. Hollywood es un sitio muy irreal. El estilo de California no va conmigo".

La idea de carrera que tiene desde siempre Kate Winslet es exactamente lo contrario de convertirse en una estrella hollywoodense: no considera que deba subir con cada film un escalón de su cotización, no quiere saber nada de que se metan en la vida privada, no le interesa ser el centro de la fiesta, no desea que ningún estilista le mejore la imagen y, sobre todo, no está dispuesta a transformarse en una sílfide. Respecto de este tema, no se trata sólo de ella misma y de su sólida constitución física: "Sé que hay legiones de mujeres que sufren la tiranía de la delgadez, montones de chicas jóvenes ingenuas y vulnerables que están sufriendo estas presiones. No soy raquítica ni lo voy a ser nunca, y voy a proclamar que esto no importa. Estuve en el campo de concentración del hambre siendo adolescente, me martiricé, me enfermé y ahora por fin soy feliz no contrariando mi naturaleza".

"No soy raquítica ni lo voy a ser nunca. Estuve en el campo de concentración del hambre siendo adolescente, me martiricé, me enfermé y ahora por fin soy feliz no contrariando mi naturaleza".

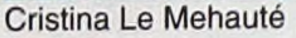
Así, redondeada y maciza, la quiso Jane Campion para la Ruth de *Humo sagrado*, la heroína más osada del desierto australiano. Antes de lanzarse a actuar en Kuills en la compañía de Geoffrey Rush como el marqués de Sade, K.W. se entregó sin reservas a este personaje indomable y potente que se manda un viaje desestabilizador sin medir las consecuencias. Kate, como es habitual en ella, apostó todo a su rol y cuando Campion se lo pidió, se hizo pis en la arena, de pie, desnuda. Aunque parezca un contrasentido, ésta es la misma chica familiera y generosa que al final de los reportajes suele pedir al cronista: "Por favor, quite todas las maldiciones, que a mi madre no le gusta leerlas".

DISEÑO

JARDINES SURREALISTAS







Cristina Le Mehauté

Cristina Le Mehauté despista po francés: parece haber vivido sie comido paté desde la cuna, perc calle y mucho jardín recorrido. T qué hacer con las plantas, ideas en su Burzaco natal, cuando su cactus y crásulas para que fuera

POR VICTORIA LESCANO

Alamos rodeados de montañas de huevos y montículos de venecita, lápidas oxidadas, las figuras de una inmigrante italiana adornada con una capelina y un bebé en los brazos dibujados en alambre por Alejandro Lacreu, flores de vidrio ideadas por Gerardo Patiño más bancos mezcla de alfil y fetiches portuarios firmados por la diseñadora Diana Cabeza fueron los elementos por excelencia con que la paisajista Cristina Le Mehauté concibió Resolana, el espacio sin dudas más subversivo al minimalismo con tímidas pinceladas de color de Casa FOA 2000 que este año transcurre en el Hotel de los Inmigrantes.

"Soy una renegada del paisajismo y su énfasis en las plantas, la estatua y el banco de plaza; para mí hacer un jardín no es otra cosa que hacer una escultura en el espacio para que pueda protegerte, emocionarte, alegrarte o darte asco", dice sobre su plaza pública de bienvenida para el inmigrante, obra conceptual número diez en el apartado de su carrera para esa feria de decoración.

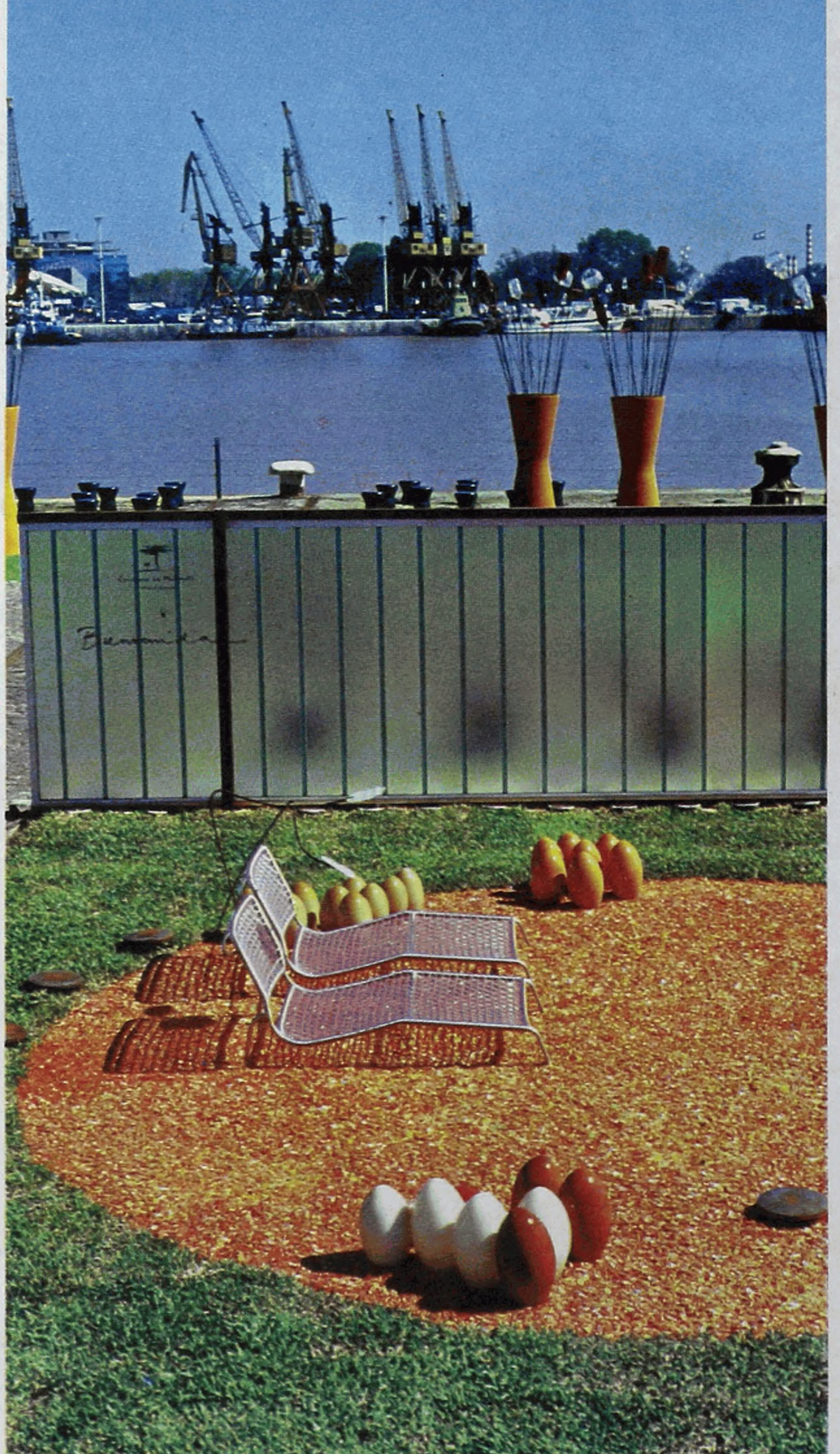
Antes hizo un jardín de cactus azules para un departamento del Palacio Alcorta, un homenaje a las plantas que Johnny Deep poda con sus manos de metal en *El Joven Manos de Tijera*. Con toneladas de estopa y flores rosas en la edición del Palacio de la Moneda, la terraza de una estancia de estilo francés con malvones y chaises longues de hierro y cuyo clacisismo fue compensado con un bosque contiguo decorado con pelotas de cemento, un banco con forma de ciempiés y, en lugar de flores, una malla metálica de cien metros que estaba intervenida por cientos de palitos amarillos flúo.

El currículum de Le Mehauté incluye jardines y kilómetros de paisajes para La Tregua, la casa de Sergio Renán en Punta del Este, el campo de Marcelo Tinelli, el porche de la casa-estudio del fotógrafo Urko Suaya, una chacra de Punta del Este de Alan Faena, cabañas del sur y terrazas de dúplex que ella sigue visitando con frecuencia usando algún modelo de su colec-

JARDINES SURREALISTAS



Cristina Le Mehauté



Cristina Le Mehauté despista por su oficio y su apellido francés: parece haber vivido siempre entre rosas y haber comido paté desde la cuna, pero es una mujer con mucha calle y mucho jardín recorrido. Tiene ideas muy claras sobre qué hacer con las plantas, ideas que le empezaron a surgir en su Burzaco natal, cuando su abuela la chantajeaba con cactus y crásulas para que fuera a visitarla.

POR VICTORIA LESCANO

Álamos rodeados de montañas de huevos y montículos de venecita, lápidas oxidadas, las figuras de una inmigrante italiana adornada con una capelina y un bebé en los brazos dibujados en alambre por Alejandro Lacreu, flores de vidrio ideadas por Gerardo Patiño más bancos mezcla de alfil y fetiches portuarios firmados por la diseñadora Diana Cabeza fueron los elementos por excelencia con que la paisajista Cristina Le Mehauté concibió Resolana, el espacio sin dudas más subversivo al minimalismo con tímidas pinceladas de color de Casa FOA 2000 que este año transcurre en el Hotel de los Inmigrantes.

"Soy una renegada del paisajismo y su énfasis en las plantas, la estatua y el banco de plaza; para mí hacer un jardín no es otra cosa que hacer una escultura en el espacio para que pueda protegerte, emocionarte, alegrarte o darte asco", dice sobre su plaza pública de bienvenida para el inmigrante, obra conceptual número diez en el apartado de su carrera para esa feria de decoración.

Antes hizo un jardín de cactus azules para un departamento del Palacio Alcorta, un homenaje a las plantas que Johnny Deep poda con sus manos de metal en *El Joven Manos de Tijera*. Con toneladas de estopa y flores rosas en la edición del Palacio de la Moneda, la terraza de una estancia de estilo francés con malvones y chaises longues de hierro y cuyo clacisismo fue compensado con un bosque contiguo decorado con pelotas de cemento, un banco con forma de ciempiés y, en lugar de flores, una malla metálica de cien metros que estaba intervenida por cientos de palitos amarillos flúo.

El currículum de Le Mehauté incluye jardines y kilómetros de paisajes para La Tregua, la casa de Sergio Renán en Punta del Este, el campo de Marcelo Tinelli, el porche de la casa-estudio del fotógrafo Urko Suaya, una chacra de Punta del Este de Alan Faena, cabañas del sur y terrazas de dúplex que ella sigue visitando con frecuencia usando algún modelo de su colección de noventa sombreros, a veces acompañada de las asistentes del estudio de paisajismo a las que presenta como "mujeres de armas tomar y que ante cualquier duda no vacilan en romper macetas".

En su casa de Núñez hay cactus colosales y en miniatura, algunos reales y otros esculpidos en vidrio por Patiño (su marido y colaborador habitual, quien en un apartado de la casa hace peces y otras maravillas soplando botellas). En el living, una mesa de cemento con flores rojas silvestres y cero pretensiones de arreglo de delivery, otra de madera de pino oscuro, sillones BKF de cuero color suela, otro blanco y amarillo para apoltronarse y un cuarto de alguna abuela con apoyapiés incluido. También hay literatura en bibliotecas construidas con macetas de cemento gris. Una atmósfera de campo y nada de country, que se acentúa con las proyecciones de jardines encantados sobre la pared. "Yo crecí en un paisaje ínfimo, vivía en una casa humilde donde desde muy chica salía a armar mi jardín, porque vivía en estado de disconformidad con el espacio que me rodeaba. A los nueve años estaba atenta a esas cosas, intercambiaba plantas con una abuela francesa, básicamente cactus y crásulas. Ella vivía a dos cuadras de casa, también en Burzaco, y como yo no le daba bolilla, me tentaba y me daba una planta a cambio de la visita", dice Cristina sobre su patología por los jardines.

Aunque el verdadero comienzo, la prolongación de las raras plantas de la abuela y hacer de eso un oficio rentable surgió hace treinta años.

"Mientras estudié algunos años de arquitectura, trabajaba en un petit hotel de Barrio Norte como recepcionista. Cada tarde mis ojos se tenían que detener durante horas ante un cantero vacío, hasta que un día me harté y le dije a mi jefe esto es una desgracia, ¿puedo ponerle filodendros?, y el tipo quedó tan contento que me pidió que le hiciera el jardín del fondo. Durante varias semanas pedí una carretilla y una maza prestadas de una obra y empecé a romper el patio. Primero destruí la parrilla y después destrocé el gomero gigante. Los empleados de las oficinas observaban el espectáculo hasta que una mujer me dijo 'conozco a un tipo que se hizo millonario con eso que vos estás haciendo seguramente gratis'. Así conocí a un arquitecto llamado Lee, un tipo muy informal, y a su socio, quienes me decían 'pero no queda bien que una mujer esté agachada y se le vean las piernas, ¿está segura de que quiere hacer esto?'. Yo dije que sí, me mandaron a hacer un curso para manejar, me pusieron una camioneta sin luces y en la que se abrían las puertas en las curvas, y con cuatro obreros empecé a dirigirles las obras".

Otros pilares en su formación: clases de pintura y escultura, la aventura cuentapropista de su propio kiosco de golosinas a los dieciséis años (salía con una valija extra para vender alfajores en los recreos a sus compañeros) y conversaciones centradas en botánica con los viejitos más sabios de los viveros, sumada a años de viajar en colectivo con cajones de plantas de Burzaco, con combinación en Puente la Noria hasta San Isidro. Una mención especial requiere su etapa de cocinera de un grupo de andinistas entre el '70 y el '77.

"Por entonces tenía un novio que escalaba montañas y para poder ir con ellos me tomaban examen, me hacían ir a correr y limpiar la basura que los europeos dejaban junto al Aconcagua; lo genial es que mientras ellos se iban todo el día a escalar, yo me quedaba haciendo herbarios de la Patagonia y del norte argentino, y así entendí que lo mejor era imitar a la naturaleza y usar escasos elementos, algo que siempre aplico a todos mis proyectos."

Ahora está trabajando en la edición de *Jardines argentinos*, un libro sobre sus obras con fotografías de su pareja y con frecuencia dicta seminarios sobre Jardines contemporáneos y cómo salirse del estilo inglés curiosamente entre señoras del Garden Club, una sociedad secreta de jardineras que se formó en tiempos de la construcción de los ferrocarriles, con mujeres británicas que se intercambiaban gajos de distintas especies.

La especialista se refiere a la cruza de estilos de los espacios verdes locales y analiza las tendencias. "Nuestra influencia europea fue tan fuerte que no hay obra paisajística local; los barcos traían no sólo a los paisajistas, sino también a las plantas, así llegaron eucaliptus desde Australia, paraísos desde China, coníferas, alerces celestes que fueron plagando nuestro territorio y no dejaron vivir felices a nuestras plantas".

Buenos Aires está básicamente influido por los jardines ingleses, que se caracterizan por la necesidad de mucho mantenimiento, cuando una flor seapaga empieza la otra y aunque intenta ser suelto en realidad es domesticado y requiere mucho espíritu de sacrificio. En una conferencia del paisajista John Brooks, un inglés que propone salir del british tradicional, dijo que le daba vergüenza que las estancias argentinas no tuvieran ningún reflejo del estilo argentino y la cultura indígena en sus trazados y en cambio lucieran obsesionadas por lo francés y su esquema de mosaicos. Aquí ya paseamos por Europa y hubo un furor de lo japonés, lo insólito es que habiendo tanta pampa desnuda tuviéramos que mirar a Japón para recrear lo mínimo y que ahora nos atrevimos a incorporar la cortadería, vulgarmente llamada paja brava de nuestros campos después de ver que los ingleses las llevaron como fetiche de sus jardines. Y lo único que queda de la antigua Buenos Aires es el helecho serrucho cayendo del balcón de San Telmo. Creo que sería interesante que surjan nuevos estilos en base a los regionalismos, como hizo la escuela brasilera liderada por el arquitecto y escultor Burle Marx". Sobre sus propias influencias, dice: "No estoy contaminada y viajé muy poco, el año pasado fui por primera vez a Europa gracias a un premio de FOA que consistía en una visita a una muestra de Jardines Contemporáneos, tenía muchas expectativas, pero ni Versalles ni los Jardines de Luxemburgo me emocionaron demasiado, tal vez porque siempre tengo una mirada crítica y me encanta que me critiquen. Lo que más me divierte de FOA, una vez que todo termina, es leer los comentarios de la gente, que en general me da con un caño. El año en que hice el bosque con juegos de zigzags y la malla metálica de cien metros de largo con palitos fluorescentes en Beccar, una mujer, sin dudas furiosa porque no había alegrías del hogar, me escribió: 'Lo que usted hizo teniendo la edad que tiene, mi hijo de un año que está en el jardín también lo hizo'. Sin dudas el mejor elogio fue el que me dejaron un grupo de chicos después de ver mi puesta muy poética con manos gigantes, prímulas obcónicas y figuras con quinientos kilos de estopa simulando topiarios, al estilo de los jardines de Orlando. Decía: 'qué culo debe haber tenido ese perro para cagar semejante sorete'."



FOTOS: GUILLERMO PATIÑO



r su oficio y su apellido
mpre entre rosas y haber
es una mujer con mucha
iene ideas muy claras sobre
que le empezaron a surgir
abuela la chantajeaba con
a visitarla.

ción de noventa sombreros, a veces acompañada de las asistentes del estudio de paisajismo a las que presenta como "mujeres de armas tomar y que ante cualquier duda no vacilan en romper macetas".

En su casa de Núñez hay cactus colosales y en miniatura, algunos reales y otros esculpidos en vidrio por Patiño (su marido y colaborador habitual, quien en un apartado de la casa hace peces y otras maravillas soplando botellas). En el living, una mesa de cemento con flores rojas silvestres y cero pretensiones de arreglo de delivery, otra de madera de pino oscuro, sillones BKF de cuero color suela, otro blanco y amarillo para apoltronarse y un cuarto de alguna abuela con apoyapiés incluido. También hay literatura en bibliotecas construidas con macetas de cemento gris. Una atmósfera de campo y nada de country, que se acentúa con las proyecciones de jardines encantados sobre la pared. "Yo crecí en un paisaje ínfimo, vivía en una casa humilde donde desde muy chica salía a armar mi jardín, porque vivía en estado de disconformidad con el espacio que me rodeaba. A los nueve años estaba atenta a esas cosas, intercambiaba plantas con una abuela francesa, básicamente cactus y crásulas. Ella vivía a dos cuadras de casa, también en Burzaco, y como yo no le daba bolilla, me tentaba y me daba una planta a cambio de la visita", dice Cristina sobre su patología por los jardines.

Aunque el verdadero comienzo, la prolongación de las raras plantas de la abuela y hacer de eso un oficio rentable surgió hace treinta años.

"Mientras estudié algunos años de arquitectura, trabajaba en un petit hotel de Barrio Norte como recepcionista. Cada tarde mis ojos se tenían que detener durante horas ante un cantero vacío, hasta que un día me harté y le dije a mi jefe esto es una desgracia, ¿puedo ponerle filodendros?, y el tipo quedó tan contento que me pidió que le hiciera el jardín del fondo. Durante varias semanas pedí una carretilla y una maza prestadas de una obra y empecé a romper el patio. Primero destruí la parrilla y después destrocé el gomero gigante. Los empleados de las oficinas observaban el espectáculo hasta que una mujer me dijo 'conozco a un tipo que se hizo millonario con eso que vos estás haciendo seguramente gratis'. Así conocí a un arquitecto llamado Lee, un tipo muy informal, y a su socio, quienes me decían 'pero no queda bien que una mujer esté agachada y se le vean las piernas, ¿está segura de que quiere hacer esto?'. Yo dije que sí, me mandaron a hacer un curso para manejar, me pusieron una camioneta sin luces y en la que se abrían las puertas en las curvas, y con cuatro obreros empecé a dirigirles las obras".

Otros pilares en su formación: clases de pintura y escultura, la aventura cuentapropista de su propio kiosco de golosinas a los dieciséis años (salía con una valija extra para vender alfajores en los recreos a sus compañeros) y conversaciones centradas en botánica con los viejitos más sabios de los viveros, sumada a años de viajar en colectivo con cajones de plantas de Burzaco, con combinación en Puente la Noria hasta San Isidro. Una mención especial requiere su etapa de cocinera de un grupo de andinistas entre el '70 y el '77.

"Por entonces tenía un novio que escalaba montañas y para poder ir con ellos me tomaban examen, me hacían ir a correr y limpiar la basura que los europeos dejaban junto al Aconcagua; lo genial es que mientras ellos se iban todo el día a escalar, yo me quedaba haciendo herbarios de la Patagonia y del norte argentino, y así entendí que lo mejor era imitar a la naturaleza y usar escasos elementos, algo que siempre aplico a todos mis proyectos."

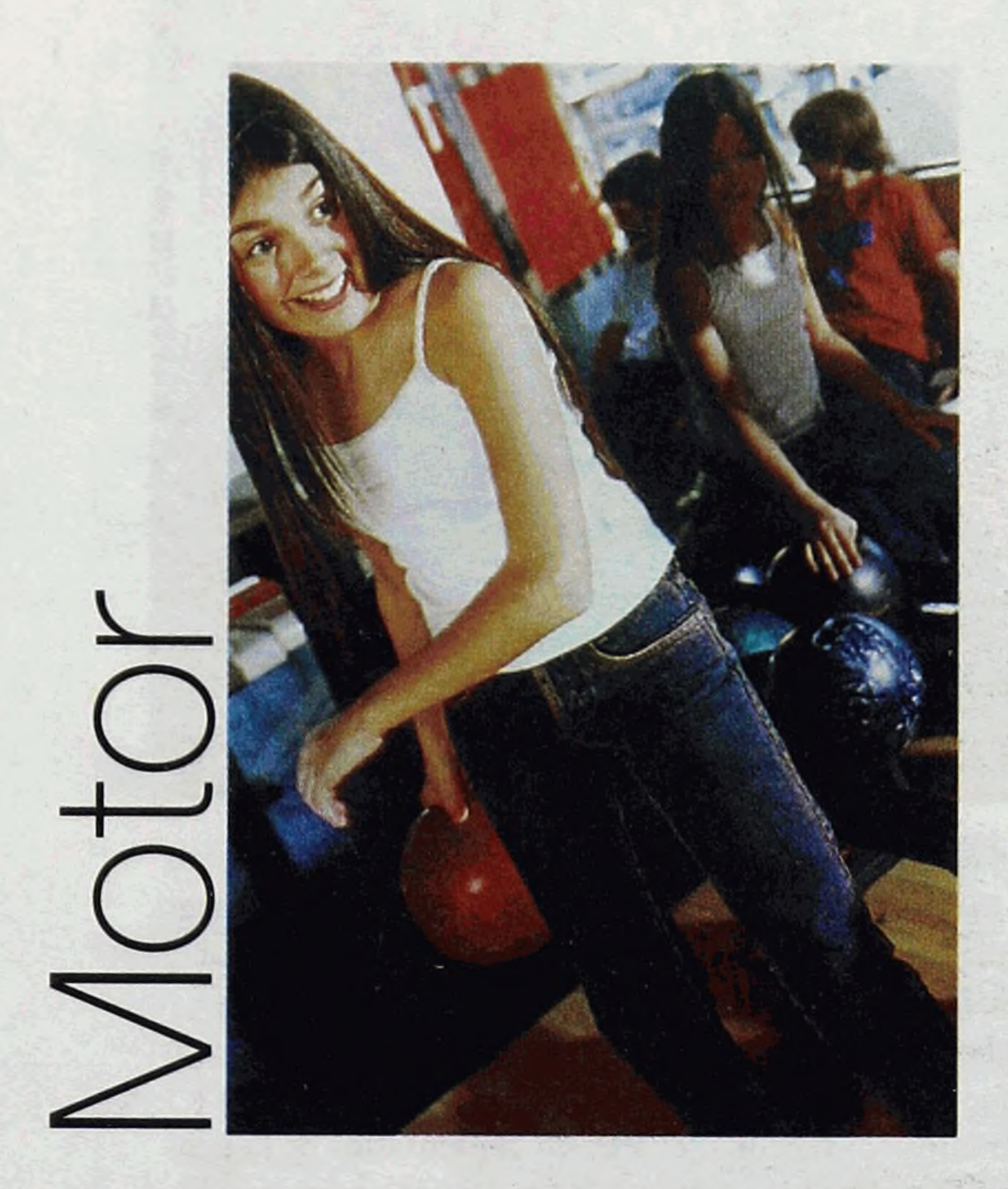
Ahora está trabajando en la edición de *Jardines argentinos*, un libro sobre sus obras con fotografías de su pareja y con frecuencia dicta seminarios sobre Jardines contemporáneos y cómo salirse del estilo inglés curiosamente entre señoras del Garden Club, una sociedad secreta de jardineras que se formó en tiempos de la construcción de los ferrocarriles, con mujeres británicas que se intercambiaban gajos de distintas especies.

La especialista se refiere a la cruza de estilos de los espacios verdes locales y analiza las tendencias. "Nuestra influencia europea fue tan fuerte que no hay obra paisajística local; los barcos traían no sólo a los paisajistas, sino también a las plantas, así llegaron eucaliptus desde Australia, paraísos desde China, coníferas, alerces celestes que fueron plagando nuestro territorio y no dejaron vivir felices a nuestras plantas".

Buenos Aires está básicamente influido por los jardines ingleses, que se caracterizan por la necesidad de mucho mantenimiento, cuando una flor seapaga empieza la otra y aunque intenta ser suelto en realidad es domesticado y requiere mucho espíritu de sacrificio. En una conferencia del paisajista John Brooks, un inglés que propone salir del british tradicional, dijo que le daba vergüenza que las estancias argentinas no tuvieran ningún reflejo del estilo argentino y la cultura indígena en sus trazados y en cambio lucieran obsesionadas por lo francés y su esquema de mosaicos. Aquí ya paseamos por Europa y hubo un furor de lo japonés, lo insólito es que habiendo tanta pampa desnuda tuviéramos que mirar a Japón para recrear lo mínimo y que ahora nos atrevimos a incorporar la cortadería, vulgarmente llamada paja brava de nuestros campos después de ver que los ingleses las llevaron como fetiche de sus jardines. Y lo único que queda de la antigua Buenos Aires es el helecho serrucho cayendo del balcón de San Telmo. Creo que sería interesante que surjan nuevos estilos en base a los regionalismos, como hizo la escuela brasilera liderada por el arquitecto y escultor Burle Marx". Sobre sus propias influencias, dice: "No estoy contaminada y viajé muy poco, el año pasado fui por primera vez a Europa gracias a un premio de FOA que consistía en una visita a una muestra de Jardines Contemporáneos, tenía muchas expectativas, pero ni Versalles ni los Jardines de Luxemburgo me emocionaron demasiado, tal vez porque siempre tengo una mirada crítica y me encanta que me critiquen. Lo que más me divierte de FOA, una vez que todo termina, es leer los comentarios de la gente, que en general me da con un caño. El año en que hice el bosque con juegos de zigzags y la malla metálica de cien metros de largo con palitos fluorescentes en Beccar, una mujer, sin dudas furiosa porque no había alegrías del hogar, me escribió: 'Lo que usted hizo teniendo la edad que tiene, mi hijo de un año que está en el jardín también lo hizo'. Sin dudas el mejor elogio fue el que me dejaron un grupo de chicos después de ver mi puesta muy poética con manos gigantes, prímulas obcónicas y figuras con quinientos kilos de estopa simulando topiarios, al estilo de los jardines de Orlando. Decía: 'qué culo debe haber tenido ese perro para cagar semejante sorete'."



Motor



Motor Oil presentó su colección de verano en el Museo Renault. Se destacaron las líneas para adolescentes, como el clásico jean de cinco bolsillos en denim con diferentes tipos de lavado. Ese modelo disputa este año su estrellato con el modelo "cargo", el bolsudo que viene en denim, reeb stop, gabardina, algodón y nylon.



Ojo con el sol

Autobronceantes, protectores para después del sol y lo último en protección solar fueron presentadas por Estée Lauder. Brindan hidratación, alivian el ardor y evitan el envejecimiento prematuro de la piel que provocan las exposiciones solares. Dentro de la línea hay diferentes graduaciones de protección, incluida la bloqueante.



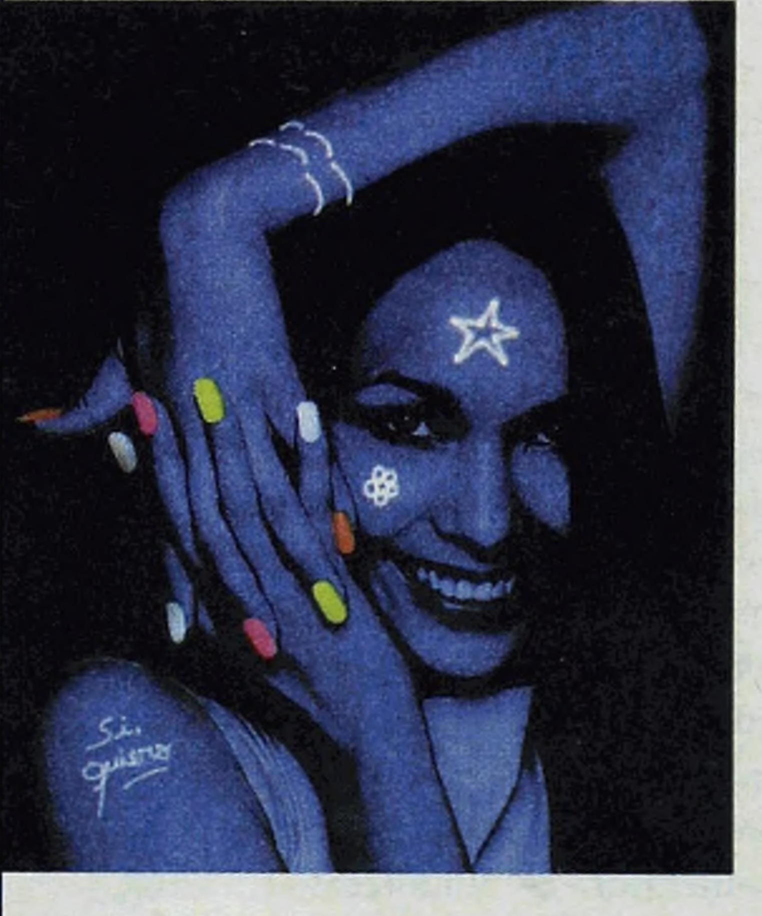
Campaña

Como en los últimos años, Estée Lauder lleva a cabo este mes su campaña internacional "Cinta Rosa", destinada a la concientización sobre el cáncer de mama. La firma distribuyó miles de cintas rosas, símbolos de la campaña, así como información al respecto en todos los mostradores de las marcas Estée Lauder, Clinique, Aramis, Origins, Bobbi Brown Essencials, Tommy Hilfinger, Donna Karan Cosmetics y Stila.



Stone

Sharon Stone se unió a la firma Louis Vuitton para dar a conocer la nueva línea de estuches de belleza diseñada por ella misma. La venta de este producto de hiperlujo será a beneficio de la Fundación Americana para la Investigación del Sida.



Anticonceptivo

Los laboratorios Schering lanzaron en el mercado argentino un nuevo anticonceptivo hormonal oral con el menor contenido de hormonas, Mirelle. Esta píldora de última generación logró disminuir la dosis de etilestradiol por primera vez a 15 microgramos y de gestodeno a 60 microgramos por pastilla. Es necesaria la prescripción médica.



Look disco

Avon presentó su Disco Look, dirigido a adolescentes que deseen que sus uñas brillen con colores fluorescentes que resaltan bajo las luces negras de las discotecas. Hay además delineadores para rostro y cuerpo.



Flores

La florería "La mejor flor", después de haber prendido fuerte en Palermo Viejo, inauguró hace muy poco su segundo local, esta vez en el más recoleto barrio de la Recoleta. La dirección es Ayacucho 2134, y allí se pueden ver los magníficos arreglos florales que la caracterizan, mezcla de máximo refinamiento y tosquedad de campiña. Azucenas, cortaderas, rosas mosquetas, violetas, fresias, lilums, crestas de gallo y alhelíes son algunas de las especies top.

Hotel

La Fundación Premio Nacional a la Calidad concedió el premio más importante a nivel nacional al Hotel Inter-Continental de Buenos Aires, lo que significa un premio a la excelencia en el desempeño de todos los aspectos de su organización. Es la primera vez que una empresa del rubro de la hotelería recibe este reconocimiento. La entrega de la distinción estuvo a cargo, el 17 de octubre, del presidente del Senado, Mario Losada, y del secretario de Turismo de la Nación, Hernán Lombardi.

MUSICA

BOCAS EN ALZA



TAMARA PINCO

POR SANDRA CHAHER

De Boca en Boca es un grupo de chicas que hace lo que se denomina _world music._ Desde su debut en el under cordobés hasta la grabación de su primer disco _Música de mundos_, pasando por acompañar a Cecilia Todd en sus recitales, su fama va creciendo a tono con su nombre.

¿Por qué y cómo *De Boca en Boca* se hizo un lugar en el selectivo canon musical porteño, y desde acá irradió hacia América latina? Primera razón: lo que hacen es original y tiene calidad. ¿Razón fundamental? Son cuatro chicas lanzadas, trabajadoras e intuitivas.

Debutaron en forma muy sui géneris hace cinco años en el pelado y ventoso Cabo Polonio uruguayo. Ahí no sólo le dieron los primeros toques a un tambor sino que aprendieron la lección fundamental de la música étnica: se deben respetar las normas de cada cultura. Tarde de lluvia, candombe espontáneo en un bar playero. Las chicas llegan y se suman relajadas a la juerga. Sin decir "agua va" están trepadas a tambores. Los candomberos las miran anonadados pero las siguen. Les prestan un tambor para que ensayen en su choza y se vuelven algo cargosos. Marcela Benedetti, con el rol naturalmente asignado de "madre" y vocera del grupo, les pide amablemente que no vuelvan más, que tienen que ensayar (¡En el bar las habían contratado!). Los candomberos se van y se llevan su tambor, pero uno algo resentido se aparece una noche sin Luna con un rifle de aire comprimido (sin balas, cosa que ellas no sabían) y empieza a dispararle a la casa. Las chicas embalaron y escaparon. Con el tiempo sabrían que el tambor, en las culturas en que fue creado, es tocado sólo por hombres. Hace poco un par de ellas estuvo en Cuba, y allí el batá no sólo es inaccesible a las féminas sino que éstas ni siquiera pueden acercarse porque se cree que si están menstruando se desafinará. ¿Qué le hace una mancha más al tigre, no?

Soledad, atenta y recatada, resume estos cinco años: "Hace poco hicimos un viaje a México que fue muy movilizador. Mientras estábamos allá pensé en los 5 años, el camino que habíamos recorrido. Empezar en lo under de Córdoba, que ya ahí salieran actuaciones en Mendoza, Bariloche, y después llegar a un teatro, grabar el disco, venir a Buenos Aires a tocar con Cecilia Todd. Y pasado un año del primer disco ya empezó la ansiedad de los demás por el segundo. Y hay un tiempo de proceso largo en el que, por un lado, se estaba gestando lo musical pero también hay una expansión del grupo. Primero logramos firmar con un sello de distribución nacional, Acqua Records, que ya lo está vendiendo en cinco países. Y este año fuimos nosotras a tocar a Venezuela. Y ahora llega naturalmente el momento de grabar de nuevo, con las bases ya establecidas".

Soledad Escudero hace la síntesis sobre el final de la entrevista, como si hubiera necesitado escuchar a sus compañeras para decantar la pregunta inicial: ¿qué había pasado emocional y musicalmente con el grupo después del primer álbum, *Música de Mundos*, grabado hace ya tres años, y cuando están a punto de entrar nuevamente a un estudio? Pasaron muchas cosas, pero parece que estos tres últimos años fueron sobre todo de un gran aprendizaje sobre el funcionamiento del mercado y el lugar que ellas desean ocupar en él. "Después de tocar en Buenos Aires, que veníamos con tanta `leche' por decirlo de alguna manera, con tantas ganas, uno queda un poco vacío. La gente nos decía que teníamos que hacer esto o lo otro, y nosotras somos de provincia..." (Marcela)

Alejandra: Nosotras ni enteradas de que estábamos en cierto parámetro, la *world music*. Y no sé si por estar acá, tocando con Cecilia Todd, se generó mucha demanda.

Viviana: Mucha carga y expectativas. Siempre fue como algo pesado venir a Buenos Aires, porque el público es como que te exige.

M: No, no es el público, disculpame. Son los medios, y la gente que está entre el público y vos.

–¿A qué exigencias se refieren?

M: Vos venís a hacer un recital, y entonces uno te dice "A ustedes les haría falta una florcita en el ojo porque si no el micrófono te tapa", o "es tan lindo lo que hacen, pero a mí me parece que ustedes tendrían que poner...". Y yo tengo esto para dar. Como un tipo que pinta un cuadro y le dicen que haría falta más amarillo.

Las chicas explicitan su necesidad de "tiempos, procesos". Tiempo para encontrar la música que quieren hacer, para dar con las voces justas, aprender a tocar los instrumentos que requiere cada país, aunque a veces hagan "trampa" y usen charango en una canción finlandesa porque el instrumento que escuchan "parece un charango" y ellas no saben qué es realmente. "Es que nosotras creamos sobre las canciones populares", dirán. Hace poco fueron por primera vez a uno de los países de los que tocan su música: Venezuela. "En *Música de Mundos* hacemos" Canto de ordeño", pero ahora agregamos "Las mañanas de San Juan" al repertorio –dice Vivi, la que pinta más guarra–. Es un tema de la costa, tiene más que ver con la Venezuela negra. Y fue muy fuerte cuando cantamos esa canción en Caracas. Yo me sentía muy expuesta porque hago unos solos, y entonces pedí permiso al público para hacer una canción venezolana. Hasta ese momento el recital iba todo bárbaro, y todos me gritaron `sí, sí'. Y terminó, y toda la gente se levantó, `uahhhh', y aplaudía a rabiar." También vivieron una experiencia inolvidable en un taller sobre voces femeninas que dictaron en el festival. Vuelve a tomar la palabra la vocera: "Eran 300 mujeres, y había un grupo de Martinica, que son todos negros. Nosotras habíamos preparado el *Mosadi Ku Rima*, un tema africano que dice que la mujer trabaja muy duro bajo el sol caliente mientras el marido descansa en la hamaca. Y mientras cantábamos, una viejita negra empezó a actuar la canción y en un golpe final que hace la Vivi se tiró muerta al piso sin que nadie le diga nada".

Es sábado al mediodía en Palermo. Las chicas están apuradas y quizá algo tensas. Posan para las fotos y huyen. Esta noche tocan en La Trastienda. Otra vez Buenos Aires, otra vez la pista de despegue imparable, infinita, y vampírica de sus carreras.



Foro contra la violencia

En la ciudad pampeana se realizó un encuentro para analizar la situación de la violencia contra las mujeres, una problemática que en ciudades del interior suele tener características muy diferentes de las de la Capital.

POR SOLEDAD VALLEJOS DESDE SANTA ROSA

Empecemos por un lugar común: la Argentina es un territorio algo más extenso que el delimitado por la General Paz. Ergo, y continuando con la línea de verdades nacionales, no está de más recordar que ciertas problemáticas a) no son exclusivas de una región; b) no se encuentran en el mismo estadio (de resolución, de prevención, de agravamiento) en todas partes; c) el tratamiento de estos puntos conflictivos puede beneficiarse de una suerte de trabajo en red, o que permita compartir experiencias. Tratándose, por caso, de la violencia contra la mujer (que en nuestro país suele denominarse "violencia doméstica" o "familiar", lo cual permite, no sin demasiados esfuerzos, preguntarse si esa concepción tendrá algún parentesco con la que rebautizó el Día de la Madre como "Día de la Familia"), es preciso recordar que, si bien 19 provincias y la Ciudad Autónoma de Buenos Aires reconocen su existencia como problemática social a erradicar, no todas ellas lo hacen con la misma fuerza ni mediante los mismos instrumentos, puesto que en algunos territorios se han sancionado iniciativas legislativas, mientras que en otros simplemente se han creado servicios o comisiones para tratarla. Sin embargo, existe algo más preocupante, y es que hay lugares (Formosa, Salta, Santa Cruz, Córdoba) en donde aún no la han contemplado en ninguna de sus formas.

La situación de La Pampa es un punto intermedio entre ambos casos. En 1989 se creó un Servicio provincial de apoyo para víctimas de delitos, y, desde 1998, la ciudad de Santa Rosa cuenta con un Servicio de erradicación de violencia familiar. Durante algún tiempo, el Servicio de apoyo se dedicó, básicamente, a la prevención, y llegó a brindar asesoramiento legal gratuito de manera permanente. Pero, crisis mediante, este servicio, el único disponible para una población de 80 mil habitantes, comenzó a ver cómo raleaban los fondos que le giraba el Ministerio de Bienestar Social, mientras que los casos que debían atender eran cada vez más extremos y no dejaban posibilidad alguna a la prevención. Resultado: actualmente, el Servicio se dedica de manera exclusiva a la asistencia (en ocasiones, las situaciones son extremas), con una infraestructura mínima, poquísimo personal (cuatro trabajadoras sociales, tres psicólogos, un jefe de trabajo social y una abogada), y escasa colaboración de los organismos oficiales.

Por otro lado, existe otra situación particular: al menos en la capital de la provincia no existen ONG, es decir, no hay colectivos originados en el tercer sector, aunque hasta hace no mucho tiempo existían iniciativas como Mujeres por la Solidaridad (un grupo que intentaba promover la perspectiva de género, y había comenzado un relevamiento para determinar hasta dónde era válido hablar, allí, de conciencia de género). Tal vez sea por esto que las únicas acciones extra-Estado provengan de otra institución fuerte: la Iglesia. En este momento, un cura (el padre Ricardo Ermesino) está ultimando detalles para que comience a funcionar un refugio para mujeres golpeadas, para lo cual solicitó a la Municipalidad la cesión de un inmueble embargado por deudas (detalle: este refugio estará destinado, especialmente, a prostitutas –en la capital provincial hay alrededor de 750, y el 98 por ciento de ellas sufre maltratos físicos–, y funcionará en lo que supo ser un albergue transitorio).

Así las cosas, y mientras desde la ventana del salón del Concejo Deliberante se dejaba ver un afiche inmenso en el que, con motivo del Jubileo 2000, la Iglesia (y un feto sonrosado) saludaban "a todos los niños por nacer", se realizó un foro público para trazar un panorama de los derechos de las mujeres en la provincia, y discutir estrategias sobre prevención y asistencia en un taller que derivó en debate cuando se trató el proyecto de ley que entrará en comisión por estos días. Tras una breve introducción de María José Lubertino (el foro formó parte de la campaña de prevención de violencia contra las mujeres que organiza el Instituto Social y Político de la Mujer), la apertura del encuentro quedó a cargo de Marta Cardoso, la ministra de Bienestar Social de la provincia, quien en menos de dos minutos logró diluir la distinción que se había hecho entre "violencia doméstica" y "violencia contra la mujer" (la primera denominación, al no identificar víctima alguna y extender los límites a un ámbito físico, invisibiliza una situación de desigualdad y maltrato que sí tiene destinatario), al explicar que "la violencia familiar, o doméstica, o como quieran llamarla" no es la única, porque hay mucha violencia en el mundo, y en los jóvenes, y que, además de ser terrible, es "tan cruel, tan antigua". Sin embargo, y de manera pública, se comprometió a brindar su apoyo a la iniciativa en danza, puesto que es la posibilidad de lograr "una normativa que sirva para defender los derechos de nuestros pares, las mujeres". Posteriormente, y tras las exposiciones de María Elena Zandrino (del Instituto de Estudios Interdisciplinarios de la Mujer, de la Universidad Nacional de La Pampa), María Rita Bustillo (diputada provincial por el Frepaso) y Silvia Soto (diputada provincial por el PJ y quien consiguió, en 1991, que no fuera vetada la ley de Procreación Responsable cuya sanción había impulsado), el taller, en el que participó Lucrecia Oller (de la ONG porteña Lugar de Mujer) se convirtió en un auténtico intercambio de experiencias y estrategias. En más de un testimonio (estaba presente, por ejemplo, una mujer que sufrió maltratos físicos y psíquicos durante seis años, logró superar la situación y obtuvo el grado en abogacía para defender a mujeres que vivieran circunstancias similares) se habló de la falta de cooperación institucional, como agentes policiales que se niegan a tomar la denuncia o intentan disuadir a la denunciante, o jueces que tratan con indulgencia extrema a los hombres violentos; se habló de la falta de voluntad oficial para facilitar los seguimientos posteriores a la denuncia. Una frase, lanzada a quienes habían llegado de Buenos Aires, graficó la situación: "¿Saben lo que cuesta levantar esto (el denunciar, la discriminación) en una sociedad chica como Santa Rosa?". Hay que tener en cuenta, además, que Santa Rosa es la ciudad más grande de la provincia, que hay sólo dos más y el resto son pueblos pequeños (alrededor de 80), en los que los jueces aseguran que no existe violencia contra la mujer porque ellos no conocen casos.

El proyecto de ley (presentado por la diputada Gladys Russell) contempla, fundamentalmente, el aspecto preventivo y la solidaridad, por ejemplo, al garantizar el derecho a la reserva de identidad al tercero que comunica (no se utilizó "denunciar" para desculpabilizar a la mujer que acusa a su pareja) a las autoridades su conocimiento de una situación de violencia. Sin embargo, fue ampliamente criticado (por asistentes sociales, víctimas y políticas) el artículo que obliga al juez a convocar a una audiencia a las partes, puesto que eso empujaría a una nueva situación violenta a la víctima. Hasta que entre en comisión, quienes participaron del taller se comprometieron a seguir trabajando en el texto del proyecto y, a juzgar por el clima que se vivió en el debate, es probable que comience a generarse algún tipo de colectivo, al menos en Santa Rosa. Lo enunció Zandrino al promediar su exposición, y las mujeres que asistieron parecen conscientes de ello: "Tradicionalmente, el poder es masculino, y el no-poder, femenino. Pero los derechos no se conceden, se conquistan a través de la lucha".

PERFILES

RAFAEL YOHAI

La dama de las lengas

POR MARTA DILLON

Graciela Ramacciotti reside en Ushuaia, donde vive a fondo la defensa de árboles milenarios amenazados por la tala industrial. Antes de eso hizo muchas otras cosas, por ejemplo aprender entre indios amazónicos ciertos valores que incorporó a su vida. Entre ellos, el de estar en paz con el medio ambiente.

Hundida en un sillón dorado, rodeada por el reflejo de los cristales de las arañas y los muchos espejos del salón más lujoso de la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires, Graciela Ramacciotti se apantalla. No es un día especialmente caluroso, pero es suficiente como para hacer transpirar a una mujer que hace 17 años vive en Ushuaia. Igual, ella sonríe y muestra la perfecta hilera de sus dientes. Si algo aprendió en sus 54 años, es a disfrutar. "Y eso es un trabajo que nunca se termina", dice quien es capaz de gozar tanto de la primavera como del invierno, de estar casada o divorciada, de crear sistemas de computación o de marcar senderos en la montaña para alguna vez volver sobre sus pasos. En Ushuaia, esa ciudad austral que de sólo divisarla desde el avión enciende chispas en sus ojos, Graciela tiene tiempo para desarrollar cada una de sus especialidades: docente, analista de sistemas, dirigente de una fundación ambientalista y guía de turismo; aunque no todas le exijan ni le despierten las mismas dosis de pasión. Pasión, lo que se dice pasión, es la que siente cuando emprende las largas caminatas que organiza el tercer domingo de cada mes, aunque llueva, nieve o relampaguee. Pasión es lo que pone en la defensa de esas amplias extensiones de bosque nativo, que rodean aquella ciudad del sur del mundo, y que ahora están amenazados por la tala industrial de árboles centenarios. Esa es su última cruzada, ponerle un freno a la explotación maderera que no repara en patrimonios históricos o naturales; más precisamente, lo que Ramacciotti y la fundación que preside –Finis Terrae– buscan es poner un límite a Trillium Co. o Lenga Patagónica o Salvia, tres nombres para la misma empresa norteamericana que ya consiguió autorización del Poder Ejecutivo provincial para talar 500 hectáreas por año de ese bosque nativo que lleva 10 mil años de existencia, en contra de las recomendaciones científicas y de un dictamen del fiscal de la Nación a favor de la preservación de los recursos naturales.

El mal trago de la próxima tala de lengas –ese árbol que le presta al paisaje patagónico el rojo de los otoños– no es el primero que bebe esta mujer, ni detenerla es su primera cruzada. Es una mujer acostumbrada a empujar los límites. Cuando era una joven estudiante secundaria y todavía vivía en su Córdoba natal fijó nuevos records como nadadora olímpica. Fue la primera vez que se negó a aceptar "que nadando no iba a llegar muy lejos". No cuenta medallas –las recibió y las olvidó–, pero llegó adonde no había soñado, a países del otro lado del mundo, a Perú, en donde más tarde viviría, a conocer a su marido en un coqueto country en donde, una vez retirada, dio clases de natación. "Ya vivía en la selva amazónica peruana, donde me había mudado con mi hermano. Toda mi familia se había trasladado a Lima y nosotros dos quisimos conocer otra cosa, brindar otro servicio. Por eso nos fuimos a compartir la vida de los indios campas. Creíamos que les enseñaríamos a leer, a mejorar sus condiciones de vida. Pero aprendí la lección más importante de mi vida: en eso que yo veía como precariedad, se escondía una filosofía de vida que comparten la mayoría de las culturas apegadas a la tierra. Se trata de una sabiduría innata para cuidar al otro, para cuidar lo que da la naturaleza. Cuando no existe la codicia, cuando no hay posibilidad de acumulación, la vida es más simple y más feliz." En una avioneta apenas menos precaria que la choza que compartía con su hermano, Graciela viajaba una vez por semana para dar clases de nado en un club ubicado en otro universo, uno en el que los chicos usaban palabras en inglés y los adultos se refugiaban detrás de complicadas armaduras de dinero. "Ahí conocí a mi primer marido, era biólogo y estaba allí terminando un libro. Antes de poder pensarlo seriamente, estábamos viviendo juntos en la selva." Al poco tiempo nació su primer hijo y cuando éste cumplió tres años, su marido falleció. Fue el momento de volver a Córdoba.

"Por tercera vez empecé la facultad –la primera había sido también en Córdoba, en la carrera de Ingeniería Electrónica, la segunda en Lima, Ingeniería Civil–, pero ahora empujada por la necesidad de mantener a mi hijo. Necesitaba un título universitario, que acá es equivalente a uno de nobleza, y elegí algo corto y con buena salida laboral: analista de sistemas." Esos años los recuerda como los más duros: trabajaba, estudiaba y cuidaba a su hijito. Y tenía tiempo para el montañismo, el deporte que reemplazó a la natación en su preferencia. "No sé cómo me las arreglaba, pero no podía vivir lejos del verde. La respiración de la selva, la cantidad de secretos que había develado en Perú era el inicio de un camino que lleva al corazón de la naturaleza, y ahí me quería quedar." La montaña fue el campo de sus experimentaciones, su compañero de cordada, "esa persona a la que le confiás la vida en cada escalada y con la que te entendés con sólo una mirada, se convirtió también en mi compañero de vida y juntos decidimos irnos a vivir a Ushuaia", allí donde la montaña está tan cerca que parece posible tocarla con sólo estirar un brazo a través de cualquier ventana. En el sur, el matrimonio se dedicó a recorrer senderos, a marcarlos para los que vinieran atrás, a rescatar a los montañistas que se perdían en el eterno blanco del Monte Olivia. Fue Graciela quien instruyó a la mayoría de los bomberos y policías aptos para hacer rescates en Ushuaia, y esos recorridos que señalizó con su marido son los que utilizan las empresas de turismo aventura que hoy ofrecen trekking a los extranjeros. "Pero el trabajo más duro es el que todavía continúa, y se trata de crear conciencia sobre el valor que tiene cuidar el medio ambiente. Y eso sólo es posible cuando se ama y se conoce el lugar en el que se vive." En esas caminatas convocadas por Ramacciotti, y que reúnen a gente "de 9 a 70 y más", los mismos fueguinos se sorprenden por la riqueza de la fauna y la flora que desconocían. "La otra vez, una señora me dijo que siempre pensó que del otro lado de la montaña debía haber algo más, y yo la llevé del otro lado y descubrió desde orquídeas hasta una agachona, un ave que se mimetiza con el follaje del bosque nativo." Esa es la recompensa principal para Graciela: ir generando en una población en tránsito como la que caracteriza a Ushuaia una identidad propia que reconoce y cuida eso que distingue a su tierra. "Mi lugar en el mundo está en el fin del mundo, el corazón se sale de su lugar cada vez que empiezo a caminar la montaña y sus bosques. Esta lucha contra las empresas que intentan talarlo no se termina con una primera derrota, mientras haya un árbol de pie, nosotros también lo estaremos."

travesías

POR MARIA MORENO

Hasta hace un año Gabriela Liffschitz era una poeta de escritura refinada cuyos libros *Venecia* (1990) y *Elisabeta* (1995) no admitían objeciones en la tribu y cuya figura pública ella administraba con cuentagotas a pesar de que, en verano, se animaba a mostrar, entre la mini y el top, una porción bronceada de su estómago y, en invierno, unas brillantes botas verdes de Peter Pan. Un diagnóstico de cáncer y una mastectomía irrumpieron en su vida luego de un diagnóstico erróneo y de la premura de su ginecólogo, Gustavo Katz, por revisarlo. Fue una coartada para meterse de otra manera en el arte de vivir y en el arte a secas, porque Liffschitz registró la experiencia con la ya familiar escritura pero también a través de fotos que capturan las nuevas imágenes de su cuerpo a partir de las posibilidades del clásico desnudo femenino y del andrógino. El 30 de noviembre saldrá un libro con textos y fotos que edita Filo y se abrirá *Recursos Humanos*, una muestra en el Centro Cultural Recoleta con el auspicio de la Secretaría de Cultura del Gobierno de la Ciudad y curada por Eduardo Gil. Parte de las recaudaciones serán para CINO (Cuidado Integral del Niño Oncológico).

–Me di cuenta de que podía ver el cáncer desde trescientos ángulos diferentes. No desde un lugar y luego de otro sino como a través de una especie de prisma que podía ser mirado y que esa mirada podía producir cosas inesperadas como, de hecho, produjo. A veces pensaba "esto es el fin", después "esto es un inicio". O "no tengo una teta: me falta algo", luego "*tengo* una *faltante*".

–Ese movimiento ¿había comenzado con el diagnóstico?

–Claro. El cáncer es una de esas cosas que hacen un antes y un después en tu vida, son esas cosas que... me sale una palabra en italiano *travolgire*, una especie de *movilización con cambio* que te da vuelta la historia y al mismo tiempo permanece tan particular. Porque el cáncer es de una precisión extrema. El diagnóstico es como una línea que lo que abre, en contraposición a la imagen que yo tengo de mí, es un tajo –como el tajo en el cuerpo que te marca absolutamente–, pero que lo que abre no es su propia precisión de tajo sino las tres millones de cosas que puede haber dentro. Es una experiencia que tiene un lugar positivo –no me gusta esta palabra–, rico...

–¿Fecundo?

–Fecundo. Vivo las cosas de otra forma en este momento. Claro que eso no se traduce en vivir desenfrenadamente.

–Que es la fantasía común...

–A mí no me pasó en absoluto. Pero las cosas tienen como más textura. No necesariamente todo es vivido con mayor felicidad ni más emoción. Pero hay como un mayor registro. Es otro lugar desde donde vivir.

–¿La escritura la acompañó?

–Yo no estaba escribiendo nada salvo notas para medios y no escribí nada cuando me dieron el diagnóstico. Cuando me interné en el Durand para hacerme la mastectomía, me llevé una notebook porque debía un par de notas a un par de medios. No de aplicada me llevé la notebook sino para distraerme un poco. Y pensé en la posibilidad de escribir algo si lo necesitaba. Efectivamente la noche previa a la operación me puse a escribir. El texto que salió, salvo por una frase sola, es el mismo que va a estar en el libro.

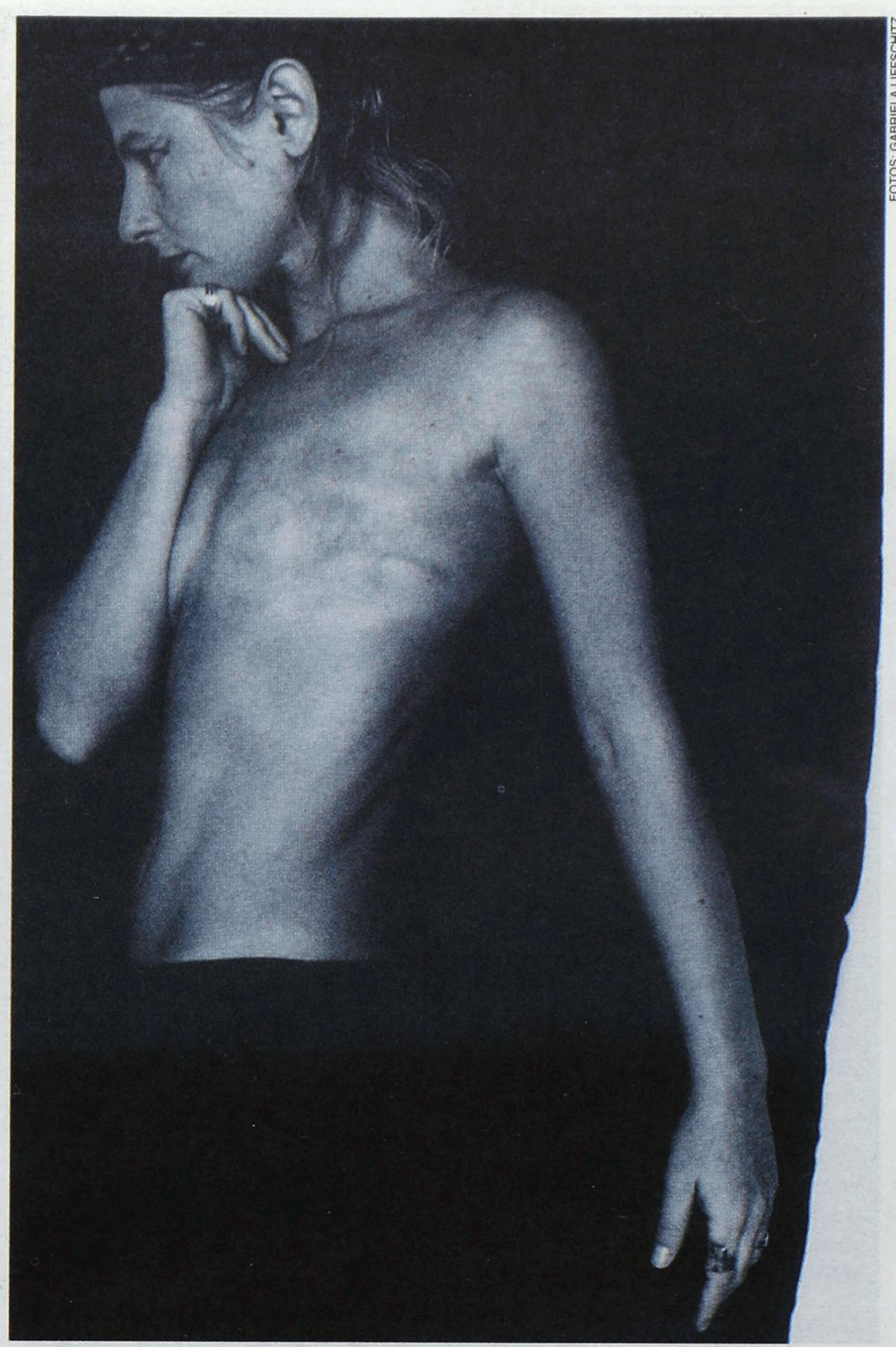
Los textos de Liffschitz desplazan la idea de "precisión" del diagnóstico al rastreo de las transformaciones sobre una superficie, a la manera de los apuntes de un naturalista, con una distancia que desilusiona toda dimensión dramática y que más tarde se encarnará en la presencia de la cámara: "Es difícil pensar sin las palabras, sin esos lugares a los que ir tranquiliza. Las palabras tienen eso: convicción, algo así como un sentido para lo que está oculto detrás de ellas, escondido de tal forma que ante el mínimo asomo, a la más leve revelación lo dejarán (inesperadamente y como un golpe de efecto) sin sentido".

"Es más fácil pensar, en cambio, que un cuerpo así dispuesto, espera."

"Espero aquí, en esta habitación, a que la mutilación se sitúe, simple, lógica, en una serie cualquiera. Que pueda alojarse en algún lado, la mutilación, para estar entonces menos alojada en mi cuerpo."

–Yo no pienso cuando escribo previamente. No pienso qué quiero hacer y escribo justamente porque no tengo nada claro. Simplemente me siento y escribo. A veces tengo una frase o una palabra en la cabeza pero no tengo ninguna otra cosa más que decir. Es una escritura casi automática, no me reprimo en cuanto quiero parar y pensar algo. Yo creo que si me pongo a pensar dejo de escribir. Así, como escribo siempre, me puse a escribir en relación al cuerpo. Cuando empiezo a escribir el texto surgen como fotografías. No es que aparecen imágenes ni que veo mi cuerpo de tal o cual forma sino que lo que surge concretamente son párra-

El 30 de noviembre se abrirá en el Centro Cultural Recoleta la muestra *Recursos Humanos* y se presentará un libro editado por Filo: imágenes y palabras con que, luego de una mastectomía, Gabriela Liffschitz, al mismo tiempo que reconstruye su mapa corporal, festeja las infinitas posibilidades de Eros.


FOTOS: GABRIELA LIFFSCHITZ

fos que indican parámetros fotográficos. Foto 1: de frente, con profundidad de campo, sin profundidad de campo, con foco en tal lado, movida, con efecto en tal o cual lugar. Al día siguiente volví a escribir. Entonces terminé ese texto que tenía un ritmo marcado por las fotografías. Una semana después estaba en casa. Yo me tenía que hacer los lavajes de la herida y empecé a pensar en hacerme algunas fotos. Pero la idea nunca había sido hacerme fotos de las cicatrices, de hacer fotos *testimonio del sufrimiento*. Porque lo que a mí me interesaba era todo otro costado que no tenía que ver en ese momento ni con la sensualidad ni con el placer ni con algo específico, sino con la pura observación.

–¿De una manera antropológica?

–Algo así. Pero sobre todo –en el texto lo puse– cambié *mutilación* por *observación de la mutación*. Observaba desde un lugar que me permitía más que internarme en la cicatriz estar en otra posición. Que no es la que una adopta o te cae del cielo sino la que uno tiene toda la vida.

POSICIONES

En el texto, en letras cursivas, Liffschitz había hecho indicaciones como para una puesta en escena, sólo que eran descripciones de imágenes planas, de fotografías. Cuando decidió seguir esas autoinstrucciones se produjeron situaciones cómicas. No tenía trípode. Utilizando el disparador automático, tenía diez segundos para posar. A veces tropezaba, se caía o se quemaba un pie con la vela que formaba parte de la escenografía. Un aporte de materiales de Kodak le permitió mayores audacias estéticas y un número menor de gags.

–Antes de que me fuera a sacar los puntos me hice un par de fotos. Sin tener trípode, lo único que podés hacer es medir con un centímetro la distancia con la cámara. En base a eso hay adaptaciones para poder hacer foco sin estar detrás de la cámara, que yo me ponía así (señala a una cierta distancia de su cuerpo), y disparaba. Hice una foto haciendo foco en la cintura, entonces se veía un pedazo de vientre y, como imprecisa y desenfocada, la cicatriz. Era una imagen abstracta pero que tenía mucha sensualidad. Tomé un par de fotos así y me fui a sacar los puntos. Después vino la quimioterapia que es una situación donde vas y venís pensando cómo te plantás en relación a esto. Y en un momento dije "me voy a hacer las fotos", en el sentido de "a ver qué hago con esto". Mi abuela materna, a la que yo amé profundamente, me decía siempre "no hay mal que por bien no venga". Yo me crié con ese lema.

Lo que es evidente es que a partir de *la faltante* yo me reconstruyo. Creo que uno quiere –o uno va adquiriendo a medida que vive– una cantidad de cosas y que en un momento determinado las puede poner en el movimiento que conviene para formar algo, cosas que sirven para construirse o destruirse según venga el caso, porque yo le temo a la palabra narcisismo, que puede ser leída y para mí este trabajo está lejos del narcisismo como egoísmo o exhibicionismo. Es más: tuve que trabajar mucho sobre mí misma. (Gabriela, hasta hoy no se animó a leer en público, ni a participar en mesas redondas ni se ha dejado fotografiar, salvo en penumbras.) Fue alucinante verme. Porque sólo tengo dos fotos en tetas de cuando tenía 16. Y eso que fui hippie. A lo largo de mi vida fui en todo caso muy sutil en el despliegue histérico. A lo sumo mostré una franja de panza. Verme en las fotos sin el pecho y ver que eran bellas y que eso que yo sólo podía mirar desde acá (mima la posición en que el territorio de *la faltante* se vería fuera de foco), era interesante desde algún lugar y sexualmente se convirtió en una especie de: "¡Guauauu! Mirá que onda *mi chico*". La teta que no está es *la faltante* pero la onda –la explanada, el barranco–. *Mi chico*. Ver que esto podía ser enmarcado desde un lugar absolutamente estético y sensual fue una reconciliación con todo lo que me estaba pasando. La alegría, la exaltación de sentirme reubicada en el mundo a partir de ubicar *la faltante* fue la gloria.

–Y eso se transmitía desde la imagen corporal fuera de las fotografías.

–Y hasta sufrí discriminación por eso. A mí me operan en pleno verano. Yo: topsitos con flecos, teta de plástico, pantalón tiro corto, *su ruta*. Durante la quimio seguí yendo con mi hija a la pileta. Obvio: todo bien. ¿Por qué? ¿De repente me iba a transformar? Si a mí me encanta el verano. Esto era absolutamente no admitido, no soportado, no tolerado en ninguna sala de hospital. Mi sola presencia. Por mi aspecto, por mi actitud. La enfermera de Oncología que me tenía que pasar la quimio, que es una situación muy fea por la que se pasa luego de esperar horas y horas –porque citan a todo el mundo a las ocho de la mañana y por ahí tenés que esperar a que le pasen a uno una quimio de tres horas–, cuando yo, luego de esperar más de dos horas, le pregunté: "¿No me puede decir más o menos a qué hora me van a pasar la quimio?, esa enfermera, que se supone es una persona especializada, me empieza a gritar que ahí había gente enferma *de verdad*, no como yo. La gente no acepta que uno pueda estar enfermo y sin embargo, no llevar una vida patética. Yo tengo un cuerpo, cojo, gozo, sufro, lloro, la paso bárbaro. Para mí mi posición es: hasta que no esté muerta estoy viva y ésta es mi vida.

CUERPO REVELADO

Muchos artistas norteamericanos que sufrían transformaciones corporales por acontecimientos genéticos, enfermedades o intervenciones quirúrgicas expusieron los estadios de ellas a la manera de un testimonio casi siempre adscripto al hiperrealismo, centrado en una política de la visibilidad y por eso desde cierta voluntad *terrorista* en el sentido de simular *decirlo todo* o *mostrarlo todo*. El recurso común del *secuencia a secuencia*, como en el *sólo por hoy* de los Alcohólicos Anónimos, suele intentar circunscribir, *calmar* de lo imaginario. Los textos y las fotos de Gabriela Liffschitz son diferentes. Realizados a partir de algo que se enuncia como ausencia, cada foto, cada párrafo funcionan como autónomos, *enteros*. "Una llanura extensa me atraviesa, mi chico, digo, mi planicie, busco desesperada un sustantivo para darle nombre a lo innombrable. Palabras suaves para mutilación, tajo, hueco, dolor", dice en su libro, escrito casi totalmente en el hospital. También: "En el medio del pecho me nace un signo, no una línea, como pensaba, no es un tajo duro y firme como un rasgo de carácter, es un signo, como una 'z' demasiado horizontal, más bien la tilde de la 'ñ', un estigma oculto en todo caso, los alardes de una letra conocida por pocos, una letra inenarrable, en extinción" . Si una torpeza de la cronista le hace decir que la tendencia norteamericana es trabajar con lo *real* de la enfermedad asimilándola a los avatares medicoquirúrgicos, Liffschitz responderá "es un Real inexistente. Depende de la posición, de la mirada. Es como manejar un alfabeto. Cuantas más letras se conozcan, cuantas más combinaciones se prueben, el resultado será más rico". No se trata, entonces, de convertir en trascendente la experiencia de la caída de un modelo anatómico "completo", sino de señalar que ese modelo anatómico "completo" es también una ficción. De lo que se trata es de combatir la ficción dominante.

–¿Cuándo vino la dimensión pública de la experiencia?

–Mi oncólogo Carlos Silva me explicó que la mayoría de las mujeres que pasaron por esto no cogían o les costaba enormemente si estaban casadas. La mayoría de los maridos no las querían ver en pelotas y tenían que coger con top. Había casos que prefirieron morir de cáncer a sacarse el pecho. Cuando él me empezó a decir que esta muestra y este libro podían ayudar a muchísimas mujeres mi alegría y exaltación de quedar reinsertada en el mundo se triplicó, porque en algún sentido cuando a mí me pasó esto yo me empecé a preguntar por el sentido de todo, desde por qué la gente va a donde va, hasta por qué hay edificios en la calle. Y la posibilidad de hacerlo público le dio un sentido a lo que pasaba, hacer algo que modifique en un pequeño punto aunque sea a tres minas y que esto las ayude a vivir con su cuerpo mastectomizado de otra forma lo mismo que a otras personas que sufren otro tipo de cosa. Hay otros lugares de dónde mirar. No todas las operaciones, mutilaciones y enfermedades son *el horror*. Uno está vivo antes de morir, hay un cuerpo funcionando. Me he encontrado con mujeres que claramente tienen elementos para poner en movimiento y colocar en otro lugar y lo tienen adormecidos. Se trata de despertarlos.

Los registros de Liffschitz no son, sin embargo "reparatorios" –aunque también puedan serlo en el sentido que se pacta en los divanes– o estetizantes en el sentido de velar, maquillar, o disfrazar algo que no está sino que muestran *otras posibilidades* del cuerpo. Como si *la faltante* no sólo hubiera irrumpido con su presencia en un cuerpo sino que hubiera traído imágenes de otros cuerpos posibles: fálicos (mi chico), geográficos (la planicie, la llanura, la barranca). La palabra *posición* que ella enfatiza coincide con la de la cámara mostrando que no hay un *en sí* del objeto a fotografiar. Pero también pone en imágenes uno de los posibles cuerpos posmodernos que son cada vez más poliquímicos y poliquirúrgicos, nunca cristalizados en sus formas. Por eso Liffschitz escribe en *Recursos Humanos*: "Miro con detenimiento, miro ahora que puedo ver, las transformaciones casi imperceptibles de la carne, la cicatriz ya sonrosada, como una adolescente, se ha vuelto el signo infantil, o diletante, o perezoso del pájaro que vuela en la lejanía. Tal vez lo logre, me digo, me digo, tal vez un día sus mutaciones la lleven de la simple herida a la perpetuación de alocados arabescos, o tal vez incluso –otra vez– hasta la turgencia del pecho".

ARQUETIPOS POR S. R.

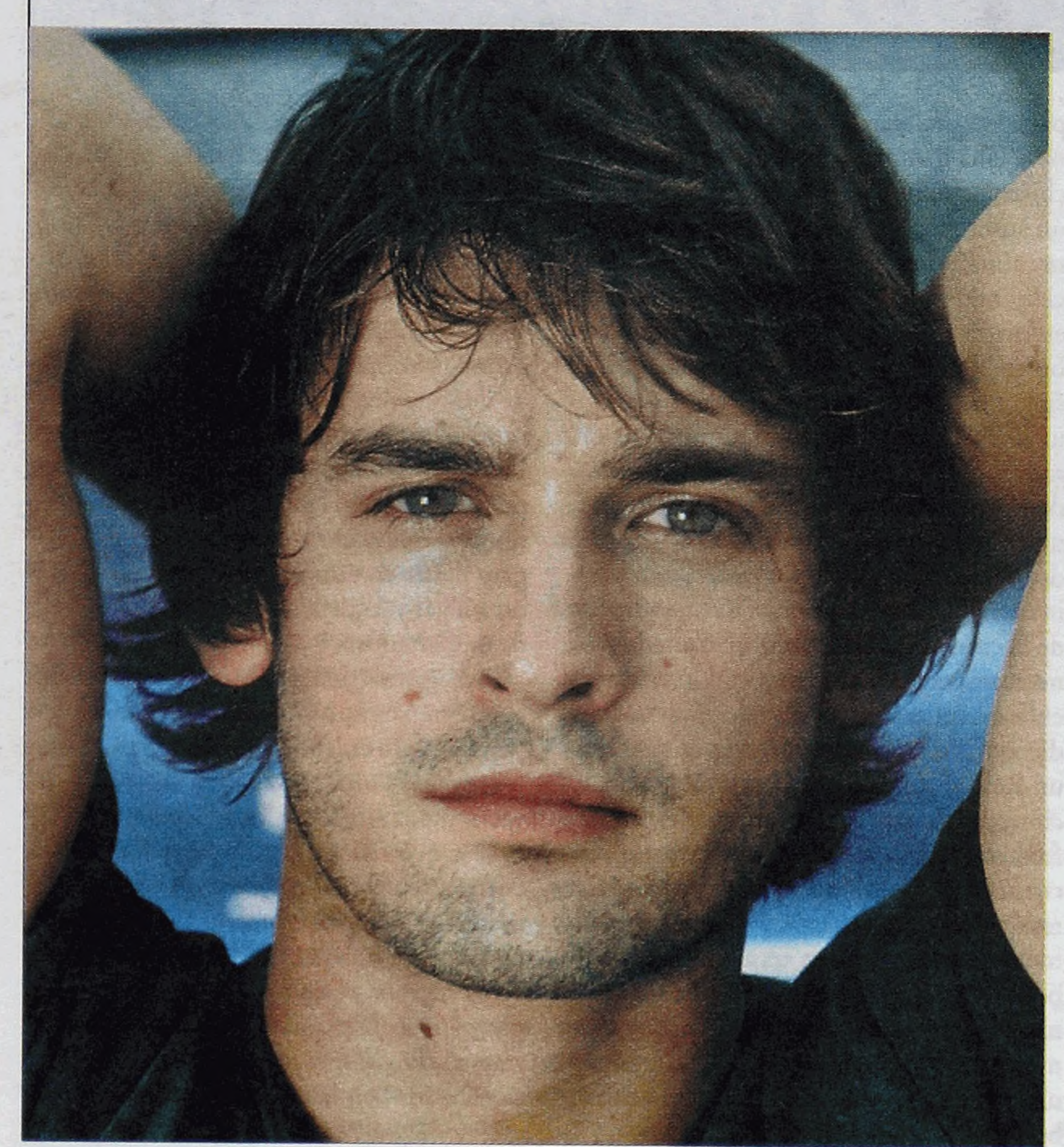
El inútil

Suena fuerte, pero qué le vamos a hacer. No sabe hacerse ni un té. Tiene la vaga idea de que hay que calentar el agua, pero no podría asegurar en qué, si en la taza o en una olla a presión. De café ni hablemos, que son palabras mayores. Como los huevos duros: cree que cuanto más se dejan hervir, más duros se ponen y su mente no liga la medida de temporalidad que vincula en la cocción al huevo pasado por agua con el huevo duro: él cree que son dos cosas pertenecientes a reinos diferentes, como un caracol y un apio. ¿Hacer la cama? Para él es tan complicado como cambiar un pañal. Tira de un lado y se le sale del otro, es incapaz de medir o bien su propia fuerza al estirar las sábanas o bien el largo de la cama. Lo máximo que logra es alisar el acolchado y disimular el entrevero que deja abajo. ¿Clavar un clavo? Pobres paredes. Lo ven llegar con el martillo y chillan. Saben por propia experiencia que un simple agujerito de un clavo clavado indefectiblemente en chanfle puede llegar a convertirse en una grieta inocultable, que encima quedará como testigo mudo del empeño que él pone en ocuparse de las cosas domésticas.

Es inútil pedirle al inútil que vaya al supermercado. Irá. Pero a pesar de la lista con puntillosas aclaraciones que le habremos hecho, en lugar de lavandina traerá matamosquitos, en lugar de zapallo traerá cebolla de verdeo y en lugar de galletitas Oreo traerá manteca de cacao.

Podría pensarse que este hombre es un fracaso en cuanto a llevar adelante el hogar y podría suponerse que su madre lo malcrió hasta tal punto que el tipo llegó a los cuarenta y cinco años sin un momento de hambre y sin un calzoncillo sucio, de esos que cualquier hijo de vecino, casado y todo, lava y deja colgado de la canilla de la ducha. Pero el exponente más terrible de los inútiles es el que a su madre supuestamente benefactora y multifacética le sumó un padre sometido, cuyos logros eran fehaciente y vehementemente desvalorizados por su mujer. El resultado de esa mala yunta será nuestro tierno inoperante, que cuando va en su auto y el auto se le queda, nos llama al trabajo y nos pregunta: "¿Qué te parece que haga? ¿Será el carburador? ¿Llamo al ACA? ¿Lo dejo y vuelvo mañana? ¿No te podrías venir? Estoy acá nomás, a unas veinte cuadras de la Facultad de Agronomía, o no, pará, no, creo que estoy en Parque Saavedra. ¿No tenés la guía Lumi a mano?".

Lo peor del inútil es cuando intenta ser útil. Cuando pretende hacer un asado, cuando se ofrece a lavar los platos, cuando lleva a los chicos a la plaza (y vuelven lesionados, con tres puntos en la ceja o llorando a mares porque los mordió un perro o los picaron hormigas coloradas). Cuando trama en secreto las próximas vacaciones (y nosotras sabemos, ya sabemos antes de que suceda, que el vuelo será cancelado, que el hotel ése no existe, que la playa está sucia o que terminaremos todos intoxicados). Al inútil, que puede ser un tipo perfectamente sano física y mentalmente, hay que quererlo como es, con todas sus virtudes, que bien pueden ser muchas, y todos sus defectos, que son innumerables. Una táctica para sobrevivir contenta conviviendo con él es fingir que en lugar de una vida en común lo que se hace es el rodaje de una eterna película de Jerry Lewis en su peor momento. No siempre da resultado, pero puede llegar a funcionar.





TALK SHOW POR MOIRA SOTO

APASIONADAMENTE

No es por decirlo, pero de haberla escuchado hacer "Fumando espero" –calentura pura, languidez y abandono al mango– el mismísimo Serge Gainsbourg se habría desmayado de la impresión, porque ni Brigitte Bardot ni Jane Birkin alcanzaron nunca tal grado de refocilo de los sentidos. Claro, tampoco interpretaron tango, la nueva –desde hace un par de años– especialidad de Cristina Banegas, quien, luego de sus diálogos –cantados– con Liliana Herrero y Lidia Borda en el Club del Vino y del memorable disco que grabó con Ubaldo de Lío, ha llegado al punto justo de sazón para ser "La Morocha" en distintas versiones (aparte de la gentil compañera que tanto brinda un cimarrón tempranero como ama con ardor). Bien ha dicho la actriz-cantante-directora de su nuevo espectáculo que es un pastiche, aunque también podría haberlo llamado en italiano, pasticcio. En todo caso, "La Morocha" tiene que ver con una evocación entrañable y pasional de determinados estilos, artistas, géneros; y también con esa otra acepción que refiere al ensamble de fragmentos de diferentes óperas dispuestos en un nuevo texto, que a su vez constituye una obra nueva. Banegas (en la foto con Edgardo Cardozo) ha armado su pastiche o pasticcio con los tangos del CD que ya tiene más que remanyados, hechos carne, lo suficiente para desdoblarse en diversas lecturas (dichas, actuadas, cantadas), compaginándolos en otro orden y deslizando cuando la ocasión es propicia poemas de Perlongher, Gelman, Lucchi...

"La Morocha", quién no lo sabe, es argentina, no siente pesares y alegre pasa la vida con sus cantares. Pero andan otras morochas por ese cuartito de pensión. Pasan de refilón Milonguita y Carmencita ("Apología tanguera"), se detiene la debutante avispada ("Guapo sin grupo") con un guiño amigable; el desmedido castigo infligido a la mina infiel es neutralizado mediante el gesto paródico de contar las 34 puñaladas que el tipo (antecedente directo de Anthony Perkins en *Psicosis*) le propina "Amablemente"... También los varones se filtran en la pieza, aparte de la presencia, la voz y la guitarra del talentoso Edgardo Cardozo: acompañados con mucha dulzura en un dolor secreto ("Pero yo sé"), con variaciones de tono, desde el altísimo y enfático al más quedo y emocionado ("Mano a mano"); también tenemos a la voz de la experiencia moralizante que baja línea ("Atenti, pebeta"), y justo antes de la tristísima remembranza de la piba más bonita convertida en flor de fango ("De mi barrio"), Banegas hace crepitar –actuando, sobreactuando, pasándose de la raya, chupándose los dedos con cada palabra, oada frase– el espléndido poema de Perlongher, "¿Por qué seremos tan hermosas?".

Si primero hay que saber sufrir, después amar, Cristina Banegas ha cumplido. Copada por el tango hasta la rendición incondicional, lo interpreta como mina, restándole o compensando algunas misoginias, hermanándose con sus morochas de piecitas, y también con las grandes –Merello, Maizani, Falcón, Quiroga, Bozán– que tanto admira. ("La Morocha" va los viernes y sábados a las 22.30, en El Excéntrico de la 18, Lerma 420 –y Scalabrini Ortiz–, a $ 10)